

SERVICIO
SECRETO

SS

SENTENCIA MORTAL

Kelltom McIntire



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

SS

SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

SENTENCIA MORTAL

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.551

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

922 - No te fíes de Paul Halkin.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.525- ¡Buen viaje, Jill!

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988 - Pasaporte al más allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

170 - Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 - Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 - El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 4.898 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1980

© Kelltom McIntire - 1980

texto

© M. García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Chuck Huxley no tenía las ideas muy claras aquella mañana.

Acababa de abrir los ojos y alargó una mano instintivamente para acariciar los finos hombros de Mary-Ann.

Pero sus dedos sólo palparon la superficie áspera y fría de un muro.

Mary-Ann no yacía a su lado. Ni aquella habitación correspondía al chalet que ambos compartían en la playa. Los ojos de Chuck recorrían, asombrados, los desnudos muros de la pequeña celda. A la luz fría del amanecer que penetraba por un elevado ventanuco guardado por barrotes de hierro, vio una estrecha puerta metálica, cerrada.

Olfateó el aire, lleno de estupor: olía a desinfectantes.

¿Un calabozo de la policía?

Chuck se restregó furiosamente los párpados, en un intento desesperado de poner orden en sus ideas.

«Debí emborracharme —pensó—. Eso es: me emborraché, tal vez me peleé con alguien y... me detuvo la policía».

No recordaba nada, absolutamente nada. ¿Quién le había traído hasta aquel maloliente calabozo?

—Tuvo que ser una borrachera fenomenal —murmuró con un rasgo de amargo humor.

Cerró los ojos y reflexionó. Se concentró tan intensamente en recordar, que su rostro se cubrió en pocos segundos en abundantes gotitas de sudor. Luego, furioso ya, se incorporó sobre el camastro, se irguió, se tambaleó y hubo de apoyarse en el muro para no caer.

Se le doblaban las rodillas, sus músculos carecían de energía, la pequeña habitación giraba locamente alrededor de él.

El sudor se tornó frío, helado, y Chuck experimentó tan intensa angustia que se vio obligado a volver al lecho con penosa lentitud.

—Mary-Ann —murmuró.

De bruces sobre el camastro, respiró con ansiedad. El corazón latía desordenadamente en su pecho como si fuera a estallar y sus pulsaciones habían ascendido a ciento treinta por minuto.

¡Ciento treinta pulsaciones... y apenas había realizado el sencillo movimiento necesario para ponerse en pie...!

—¡Mary-Ann! —susurró por segunda vez.

La camisa, sucia y pegajosa, estaba empapada de sudor y se le adhería al torso, sofocándole.

Pausadamente, se desabrochó los botones e intentó recuperar el ritmo de su respiración.

«Debo estar muriéndome», pensó.

Por un momento, Chuck había sentido la desagradable sensación de la agonía. Ahora, poco a poco, su respiración fue serenándose y el ritmo de sus pulsaciones descendió a ochenta por minuto.

Al cabo, se tranquilizó un tanto. No, no iba a morir, de momento. Pero se sentía débil como un bebé y la angustia persistía en sus entrañas.

Ardía en deseos de ponerse en pie, de llamar a gritos a alguien, de exigir airadamente que alguna persona viniese a informarle, a aclarar sus dudas. Pero no se movió: tenía miedo a experimentar por segunda vez aquel terrible vahído que le había obligado a dejarse caer como un guiñapo sobre el camastro.

—Calma, calma —se recomendó mentalmente.

Se mantuvo absolutamente inmóvil, respiró pausada y rítmicamente, alertó sus sentidos, tratando de captar algún sonido que le sirviera de orientación.

Todo estaba en silencio. La luz que penetraba por el ventanuco era gris, sucia y triste. Debía ser muy temprano, quizá las siete de la mañana.

«Alguien tiene que abrir esa puerta, antes o después», pensó, esperanzado.

Sin embargo, transcurrieron con desesperante lentitud los minutos y las horas y Chuck no logró captar el menor ruido.

Finalmente se quedó dormido. Fue un sueño agitado e intranquilo, poblado de pesadillas.

Muchas horas después fue despertado por el rumor de pasos próximos. ¡Alguien se acercaba...!

Las sonoras pisadas cesaron ante la puerta, se oyó un leve

chirrido... ¡Estaban espiándole a través de una mirilla!

Chuck aguantó, inmóvil, hasta que la tensión se hizo insoportable.

Y entonces gritó y gritó como un energúmeno.

—¡Abran esa puerta, abran, abran...!

Las venas de su cuello se hinchaban desmesuradamente y sus ojos se desorbitaban de pura cólera e impotencia.

Al fin, cayó exhausto, enronquecido, jadeante, asfixiado por el esfuerzo. Entonces tornaron a oírse los pasos, que se alejaban ya.

—¡Dios mío! —gimió el prisionero—. ¿En qué horrible lío me habré metido...?

Volvió el silencio. Chuck se rebulló en el camastro, al borde del ataque de histeria.

No tardaron en oírse los pasos en el exterior. Bruscamente la puerta se abrió y Chuck vio a aquellas personas.

Tres de ellos vestían uniformes con extrañas insignias y llevaban pistolas al cinturón. El cuarto debía ser un sacerdote católico, a juzgar por su gris y bien planchado *clergyman*.

Los hombres de uniforme parecían policías, aunque Chuck desconociese aquellas insignias «SW» bordadas en las mangas de sus guerreras.

Uno de ellos penetró en la celda, cuadró los hombros, juntó los talones y dijo con voz fría:

—Levántese, Huxley. Ha llegado la hora.

Chuck se demudó.

Penosamente logró sentarse sobre el borde del camastro.

—Ha llegado la hora... ¿de qué? —preguntó, aterrado.

El oficial no le miró. Tampoco respondió directamente a su pregunta. Dijo:

—Sabemos que profesa usted la religión católica, Huxley. Hemos pedido al padre Whithman que venga a atenderle en sus últimos momentos. Le dejaremos a solas unos minutos con él. Aproveche el tiempo. Volveremos dentro de diez minutos.

Un gemido se estranguló en la garganta de Chuck Huxley.

Un sacerdote, últimos momentos... ¿Qué significaban aquellas extrañas palabras?

Antes de que pudiera reaccionar, los policías abandonaron la celda y la puerta se cerró bruscamente.

Chuck ocultó el rostro entre las manos y sollozó quedamente. Luego separó las manos y miró al hombre que aguardaba de pie a dos metros de distancia.

—¡Por amor de Dios! —Invocó—. ¿Quiere explicarme este maldito embrollo? ¿Qué han querido decir esos hombres?

Miró con ansiedad a aquel hombre de unos cuarenta años, cabellos cortos y grises y mejillas sonrosadas.

—Has de afrontar este momento, hijo mío. Conforta tu ánimo con la seguridad de que la justicia de los hombres puede ser errónea, pero la de Dios está por encima de cualquier error —habló con voz pausada y reflexiva—. Soy el padre Paul Whithman, sacerdote católico. Te ayudaré de todo corazón a superar este terrible paso. ¿Quieres confesar?

El padre Whithman avanzó unos pasos y vino a sentarse al borde del camastro. Parecía muy emocionado cuando apoyó levemente una de sus blancas manos en el hombro tembloroso de Chuck Huxley.

El prisionero se oprimió las sienes con un movimiento incierto.

—Confesar —gritó, fuera de sí—. ¡Quiero que me expliquen por qué estoy aquí! ¡Y de una maldita vez...!

El sacerdote movió la cabeza con ademán pesadoso.

—Comprendo tu desesperación, querido Chuck Huxley. Sin embargo, sigo dispuesto a hacer más leve tu amargura. La mano de Whithman acarició en un gesto leve la bronceada mejilla de Huxley.

Chuck se apartó, asqueado de aquel contacto con la fría mano de Whithman.

—¡De una condenada vez! —barbotó, iracundo—. ¿Va a explicarme qué hago aquí? Escuche, sólo puedo agradecerle una cosa: dígame que todo esto es una estúpida payasada y le estaré eternamente agradecido.

Los ojos azules del padre Whithman se enfriaron.

—Lamento decirte que no se trata de ninguna «estúpida payasada», hijo mío. No pretendo ser cruel contigo, pero será mejor que lo sepas ahora. Quizá ello te permita afrontar los hechos y te decidas a preparar tu espíritu para el gran viaje —pronunció con voz reposada.

Las fauces de Huxley se secaron. Quiso hablar, pero de su garganta apenas brotó un estertor inarticulado.

Whithman abarcó con su brazo izquierdo los hombros del prisionero.

—Valor, hijo mío. Dentro de unos minutos te sacarán de esta habitación y te llevarán hasta la playa. El pelotón de fusilamiento aguarda... Debo ser crudo ahora para que prepares tu alma adecuadamente. Querido. Chuck Huxley, *has sido condenado a muerte*. La sentencia se cumplirá dentro de quince minutos. Ha llegado el momento de que te prepares para aceptar tu suerte en la seguridad de que le aguarda un mundo mejor... si reconoces tus culpas y te arrepientes de todos tus pasados errores...

La blanca mano de Whithman se apoyó sobre el muslo de Chuck Huxley.

CAPÍTULO II

La mano del prisionero se disparó bruscamente. Lo que Chuck había imaginado un violento bofetón, apenas fue una leve bofetada que dejó una marca pálida sobre la mejilla izquierda de Whithman.

—¡No me toque! —chilló el preso—. Usted... usted me repugna. Y no crea que va a engañarme: usted no es un sacerdote católico. No he conocido a ninguno cuyo aliento apestara a ginebra agria.

Whithman se puso en pie vivamente. Sus ojos destellaron con fría cólera.

—Como prefieras, hijo mío. He tratado humildemente de ayudarte en tus últimos momentos, pero tú rehúsas tercamente el consuelo de mi sagrado ministerio...

Retrocedió bruscamente y golpeó la puerta con el puño cerrado.

—Hasta siempre, hijo mío —murmuró cuando la puerta se abrió—. No te guardo rencor. Ten la seguridad de que rezaré por la salvación de tu alma.

Huxley le vio marchar, lleno de estupor, de cólera y de zozobra.

Inmediatamente, los tres oficiales de uniforme penetraron en la celda y rodearon al prisionero.

—Póngase en pie, Huxley —ordenó el policía que le hablase unos minutos antes—. Llegó el momento. Espero que sea razonable y no nos obligue a usar la fuerza.

Chuck tragó saliva. Quiso ponerse en pie, pero sus rodillas se negaron a sostenerle.

De todas formas, todavía se esforzó en mantenerse entero y sereno.

—Todo esto es ridículo —pronunció con voz entrecortada—. ¿Dónde está el juez que me ha condenado a muerte? ¿Y mi abogado, los testigos...? Si es una broma pesada, una mascarada, se acordarán de mí. Tengo derecho a...

—Ya no tiene derecho a nada, Huxley. Ha renunciado al único

que tenía: la asistencia de un ministro de su religión —respondió secamente el oficial—. No haga más penoso el momento. Dentro de pocos minutos todo habrá pasado. Sería más digno que se comportase como un hombre.

—¡No tengo el menor interés en comportarme como un hombre! —chilló el prisionero, descompuesto—. Soy un ser humano y tengo... miedo.

Súbitamente, uno de los policías se colocó a su espalda, le retorció bruscamente un brazo y le colocó unas esposas en las muñecas.

Chuck dejó escapar un estertor de angustia. Sin poderlo evitar, sus ojos se cubrieron de lágrimas de pánico y de impotencia.

«Soy un ciudadano norteamericano —pensó, sin fuerzas para exponer sus ideas en voz alta—. Tengo los derechos que me otorga la Constitución, es justo que sepa el delito por el que se me ha condenado, dónde me encuentro, por qué...»

Pero le empujaron hacia adelante y dejó de pensar en sus derechos. Las rodillas se le doblaron y dos de los policías tuvieron que agarrarle firmemente por los brazos para mantenerle en pie.

Así, casi arrastrándole, le sacaron a un largo pasillo. Descendieron por una escalera de peldaños de hormigón y alcanzaron un enorme garaje donde se alineaban docenas de camiones y *jeeps*.

Hombres de uniforme, armados con fusiles ametralladores, vigilaban la gran entrada al recinto.

Chuck Huxley contemplaba todo aquello con ojos llenos de terror. ¿A qué fuerza pertenecían aquellos soldados de desconocida indumentaria? También ellos ostentaban placas metálicas con las siglas «SW» grabadas en oro sobre esmalte verde.

De una cosa estaba seguro: no se encontraba en su país. Las matrículas de los vehículos, los uniformes, el entorno... todo le resultaba desconocido.

Los policías le izaron rápidamente a un *jeep*. Ante ellos, zumbaron potentes motores de una escolta de agentes motorizados, que abandonaron inmediatamente el garaje, precediendo al *jeep* en que transportaban al prisionero.

Y luego, el vehículo Salió al exterior, escoltado por los motoristas. Chuck respiró con ansiedad el aire puro.

«Es uno de mis pocos privilegios», pensó, sarcástico.

El cielo estaba cubierto por negros nubarrones, pero la temperatura era alta, húmeda, sofocante.

El *jeep* corría a buena velocidad sobre una carretera perfectamente pavimentada con alquitrán. A ambos lados podía contemplarse una vegetación exuberante y espesa, propia de latitudes tropicales.

Chuck Huxley, con la cabeza hundida entre los hombros, respiraba entrecortadamente.

—Es imposible, ¡imposible! —murmuró entre dientes. Los policías le miraron fríamente, pero no despegaron los labios.

No quería aceptar la idea de que iba a morir, pero a cada minuto que transcurría la sensación angustiosa que le embargaba se iba haciendo más y más intensa.

—Mary-Ann —sollozó.

Iba a morir sin verla, sin poder besar sus rojos labios, sin tener el consuelo de hundir su rostro en sus fragantes cabellos oscuros.

El *jeep* avanzaba a gran velocidad a lo largo de aquella carretera que describía curvas constantes a través de la verde jungla.

—¿Qué hora será? —se preguntó Huxley, incongruentemente. Porque ¿qué podría importarle aquel dato si dentro de unos pocos minutos iba a morir?

Fusilado. El padre Whithman lo había dicho: el piquete de fusilamiento estaba ya dispuesto.

Se esforzó inútilmente en recordar en cuántos países se ejecutaba a los condenados a la última pena mediante el fusilamiento. Qué importa el método, tanto daba morir de una u otra forma.

De repente, el sol brilló rojizo en el horizonte. Era el atardecer.

Los ojos de Chuck le escocían, pero apenas sentía el mordisco de las esposas —excesivamente apretadas—, en sus muñecas.

De pronto, tuvo la sensación de que todo aquello era falso y que él sólo era el actor invitado en un telefilme dramático. Quizá en cualquier momento, un director oculto gritaría un estentóreo «¡Corten!», y aparecerían a la vista los técnicos y scrip, cámaras y *travellings*.

«Estos falsos policías sonreirán, se despojarán de sus gorras, me quitarán las esposas, acaso digan: “Ha interpretado su papel a la

perfección, señor Huxley”», pensó. Y escrutó, esperanzado, los rostros de sus vigilantes.

Pero Chuck volvió a hundir la cabeza en el pecho, desalentado.

—No, no hay ningún actor en el mundo capaz de fingir esos rictus tirantes, ese fruncimiento de los labios, esa expresión helada e indiferente —hubo de reconocer.

De repente, apareció el mar en todo lo que abarcaba el horizonte. ¿Una isla tropical?

La superficie marina tenía un tinte rojizo, sangriento, muy de acuerdo con la ocasión.

La carretera se extinguió y el vehículo siguió rodando sobre la arena de la playa, hasta el borde de un impresionante acantilado de lisa roca negruzca.

Cesó el petardeo de los escapes de las potentes motocicletas y el jeep se detuvo con brusquedad.

—Estoy aquí, señor Huxley —se oyó la estentórea voz ampliada por un potente altavoz.

Chuck giró de un respingo.

Al borde de la playa se erguía un bosquecillo de cocoteros, bajo los árboles existía un alto estrado de madera sobre el que se sentaban varias personas.

Una de ellas era la adorable

Mary-Ann.

Un individuo monstruosamente grueso, calvo, cuyo rostro carecía por completo de vello, acariciaba el desnudo muslo de

Mary-Ann,

que vestía un finísimo vestido de gasa azul.

—¡Mary-Ann! —El grito se estranguló en la garganta de Huxley.

Con los ojos desorbitados, contempló cómo el monstruoso individuo seguía acariciando groseramente el muslo de la bella mujer.

Ella le miró un momento, pero los ojos de

Mary-Ann

no reflejaron el menor interés, las más leve emoción, al cruzarse con los del prisionero.

Chuck sollozó amargamente. ¿Era posible que ella le hubiera olvidado, que tolerara las caricias de aquel sapo infecto sin estremecerse de asco?

La verdad se le desveló de repente. Acababa de reconocer al individuo obeso: era Stanley Wolsley. «SW», precisamente las iniciales que lucían en los uniformes de los hombres armados que le rodeaban.

Después de reconocer a Stanley Wolsley tuvo la seguridad de que su condena a muerte era una amarga realidad.

Cerca del acantilado, diez soldados estaban cargando las recámaras de sus fusiles.

Dos vigilantes atenazaron a Huxley por los brazos y le obligaron a descender.

El tirón fue tan violento que Chuck perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre la húmeda arena.

No le dieron tregua. Rudamente le apresaron de nuevo y le incorporaron con salvajes tirones.

—Déjenle recuperar el aliento —retumbó la voz de Stanley Wolsley en los altavoces—. Quiero que el señor Huxley posea toda su lucidez cuando de la orden de disparar al pelotón de fusilamiento.

Las manos que le aferraban le soltaron y Chuck golpeó la arena con su rostro.

Jadeante, extenuado, comenzó a recordar hasta los mínimos detalles de su relación con aquel monstruo llamado Stanley Wolsley.

CAPÍTULO III

La unión sentimental del abogado Huxley con la periodista
Mary-Ann

Davis duraba ya dos años. A sus veintiocho años, Huxley no poseía la menor vocación de hombre casado y

Mary-Ann

Davis, por su parte, era una profesional independiente y libre de prejuicios.

Ambos se sentían fuertemente enamorados y pensaban que las cosas estaban bien así, sin unirse mediante vínculos legales. De todas formas, Chuck había sorprendido en ella algunas veces una expresión tierna y anhelante cuando veía jugar a los pequeños en el parque.

No sería extraño que un día u otro

Mary-Ann

le hiciese alguna insinuación acerca de la posibilidad de tener un hijo. De allí a pedirle que se casaran sólo mediaría un paso. Y era esto lo que ponía ligeramente nervioso a Chuck Huxley.

De todas formas, su unión era tan íntima y perfecta que se sentían absolutamente compenetrados y felices. Por otra parte, cada uno de ellos se dedicaba con éxito a sus respectivas profesiones.

Por lo carmín. Mary-Ann era una joven de carácter alegre y jovial, pero cuando aquella mañana penetró alocadamente en el lujoso despacho de Huxley su rostro aparecía macilento y terroso.

—Tienes que ayudarme, Chuck —dijo de sopetón.

—Me temo que sí —asintió el abogado—. Tienes un aspecto desastroso. Espero que no te intoxicases con el marisco de anoche.

Pero

Mary-Ann

no estaba para bromas.

—Saca tu proyector Super-8 —exigió—. Quiero que veas algo.

Un tanto intrigado, Chuck se apresuró a complacerla. Desplegada la pantalla sobre la pared frontera y situado el proyector sobre la mesa de despacho,

Mary-Ann

sacó de su bolsa un carrete con película Super-8.

Huxley dispuso la película adecuadamente y

Mary-Ann

apagó la luz.

Sobre la pantalla apareció una preciosa vista marina. Situado el tomavistas sobre un elevado promontorio, se divisaba el mar azul y luminoso en toda su amplitud. El objetivo descubrió de pronto las afiladas aletas que se deslizaban vertiginosamente sobre la superficie del océano.

Un individuo de piel cobriza, situado de espaldas a la cámara, arrojaba enormes pedazos de carne sangrante al mar desde lo alto del acantilado.

—¡Tiburones! —exclamó Huxley—. Los hay a docenas... Dime, querida, ¿se trata de un documental de Cousteau?

—Espera, por favor —suplicó

Mary-Ann

con voz estrangulada por la emoción.

En un inesperado encuadre, la cámara descubrió al borde del acantilado a un nuevo personaje: una jovencita de unos quince años, totalmente desnuda, se debatía sobre las rocas, intentando inútilmente librarse de las ligaduras que sujetaban sus brazos a la espalda.

La jovencita —casi una niña—, quedó inmovilizada de horror y sus ojos azules se desorbitaron al girar hacia la cámara tomavistas.

Chuck miraba la pantalla sin pestañear. Y así vio cómo aparecían en escena dos corpulentos y musculosos individuos de piel cobriza.

—Atención ahora —avisó

Mary-Ann

con un hilo de voz.

Siempre de espaldas, los dos hombres avanzaron hacia la chica y la agarraron por brazos y piernas y la llevaron hasta el borde del acantilado.

Todo sucedió en breves segundos. De repente, el cuerpo de la

infeliz chiquilla fue impulsado con fuerza hacia el vacío. En rápido *zoom* el tomavistas recogió su horrorizado gesto, sus facciones desencajadas por el pánico, su boca desmesuradamente abierta en un alarido de suprema angustia...

Su cuerpo fue a zambullirse en el centro de la espumosa vorágine donde bullían más de cuarenta tiburones. Con todo detalle, la cámara captó la brutal acometida de los escualos, las dentelladas que destrozaban el joven cuerpo, las aguas teñidas de sangre...

Huxley expulsó con fuerza el aire contenido en los pulmones.

La proyección había terminado y el carrito giraba con un golpeteo monocorde. Bruscamente, Chuck se alzó de su asiento, paró el proyector y encendió la luz.

Perplejo, contempló el pálido rostro de Mary-Ann Davis.

—¡Es... impresionante! —exclamó—. Yo diría que lo que acabo de ver no es mera ficción cinematográfica. He visto claramente cómo los dientes de los tiburones destrozaban el cuerpo de esa pobre chica. Incluso una de las piernas...

—*No hay tal ficción* —declaró

Mary-Ann, con voz severa—. Utilizaron a esa jovencita con el sádico fin de tomar una horripilante secuencia *in vivo*.

—¡No puedo creerlo...! —se asombró Chuck.

—La chica se llamaba Katy Stewart, tenía poco más de quince años y se había fugado del hogar de sus padres —explicó Mary-Ann,

brillantes los ojos de emoción—. Jamás regresó tras su última escapada. Mira esto —Mary-Ann sacó una cartulina de su pequeño bolso—: es una fotocopia de la foto-carnet de su libro de calificación escolar.

Chuck tomó la cartulina y miró la pequeña foto con avidez. En efecto, aunque la reproducción no era absolutamente nítida, era fácil reconocer en ella a la protagonista de la alucinante secuencia cinematográfica que acababan de ver en la pantalla.

Huxley tomó a Mary-Ann

por un brazo.

—¿Cómo has obtenido esta información? ¿Qué te va a ti en todo ello, cómo llegó a tus manos ese rollo de película? —preguntó, ávido.

Ella sacó un cigarrillo y lo encendió con ademán nervioso.

—Hace un par de meses penetró en mi despacho del periódico un agitado individuo que se presentó como Tom Cardiff. Se había equivocado de sección, pues en realidad sólo quería insertar un anuncio por palabras, pero la historia que me contó me atrajo desde el primer momento.

—¿Qué clase de historia?

Su hija de dieciséis años, Lois Cardiff, se había fugado del hogar paterno unos meses atrás. Volvió a casa cuarenta días después, completamente trastornada. Contó a su padre que ella y una amiga suya, Katy Stewart, habían sido invitadas por dos jóvenes a una jornada de pesca en el Pacífico. Aceptaron y los cuatro jóvenes se hicieron a la mar en un yate de diez metros de eslora. Sin embargo, a las dos horas de navegación fueron abordados por un buque, ya en alta mar. Fueron obligados por la fuerza a abandonar el yate y a subir al buque, donde encerraron a las dos chicas en un camarote. Nadie quiso oír sus protestas y darles la menor explicación. Tras varios días de navegación, el buque atracó en una isla y Katy y Lois fueron obligadas a descender. Advirtieron que otros muchachos y muchachas de su misma edad se unían a ellas hasta formar un grupo de veintidós adolescentes...

—Sigue —exigió Huxley, profundamente interesado.

—A partir de allí, les dejaron en absoluta libertad. No podían huir, pues se encontraban en una isla de regulares proporciones, y las aguas estaban infestadas de tiburones...

—¿Qué se proponían hacer con esos adolescentes?

—Según Cardiff, su hija le había contado experiencias impresionantes: hombres vestidos de uniforme les obligaban a beber y a drogarse en grupo para después filmar sus reacciones con un sofisticado equipo cinematográfico. Una de las chicas, completamente enajenada, había sido empujada a arrojar al cráter de un volcán en erupción...

Huxley barbotó una maldición.

—¡Es increíble...! ¿Puede una mujer como tú dar crédito a

semejantes historias fantásticas?

—No hago más que repetir lo que oí de labios de Tom Cardiff. Según Lois, su hija, en uno de los fastuosos edificios de la isla, tenían a un enorme gorila encerrado en una jaula. Y ahora escucha lo que Cardiff me dijo: habían enseñado al gorila a copular con mujeres y a veces introducían en su jaula a las que se rebelaban...

Huxley sacó un cigarrillo.

—Todo eso parece más propio de una imaginación enferma que la prosaica realidad de cada día —dijo, pensativo, aunque impresionado a su pesar.

Mary-Ann se indignó.

—Espera a que termine de hablar y entonces podrás juzgar con pleno conocimiento de causa —exclamó, un tanto irritada.

—Está bien, te escucho.

—Lois Cardiff fue ingresada en una clínica, pues sus nervios se habían desatado. Sufría frecuentes y horribles pesadillas que coincidían curiosamente con lo que había contado a su padre. Recuperada, volvió a su hogar. Luego, misteriosamente, desapareció una mañana. Había ido a comprar alimentos a un supermercado próximo, pero no volvió. Tom Cardiff denunció su desaparición a la policía, pero transcurrió todo un mes y Lois no fue hallada. Fue entonces cuando decidió insertar un anuncio en las páginas de mi periódico. Yo misma le acompañé a la sección correspondiente y nos despedimos. Me llamó por teléfono hace unos días. Estaba muerto de pánico: me dijo que alguien había puesto patas arriba todos los enseres de su casa y que había sorprendido a varios individuos turnándose en la vigilancia de su chalet de Palisade Woods. Hace dos días recibió una llamada telefónica. «Tiene que entregarnos el carrete. O arderá con usted hasta convertirse en cenizas».

—¿Y bien...?

Mary-Ann mostró a Huxley un ejemplar del *Chronicle* de aquella misma fecha. La noticia estaba en la primera página.

INDIVIDUO MUERE ABRASADO EN PALISADE WOODS

Thomas Cardiff, 39 años, viudo, murió abrasado anoche en el interior de su chalet de Palisade Woods tras la explosión de una

botella de butano. El gas inflamado inundó la construcción de madera que fue consumida por las llamas en breves minutos. El cuerpo de Thomas Cardiff fue hallado carbonizado e irreconocible, aunque fue fácilmente identificado por la policía gracias a la prótesis de plata incrustada en SU cráneo.

La policía estima que el desgraciado accidente se produjo de forma accidental...

Huxley permaneció absorto un instante. Luego alzó la mirada hacía

Mary-Ann

y dijo:

—Pero tú no piensas igual que la policía...

—Poco después de que tú abandonases nuestra casa esta mañana, recibí un pequeño paquete certificado. Contenía el rollo de película que hemos proyectado y una simple nota escrita por Tom Cardiff. ¿Quieres leerla?

Huxley asintió con el gesto y tomó el pedazo de papel que

Mary-Ann

le ofrecía.

Y leyó:

«Estimada señorita Davis:

»A pesar de su incredulidad, pude captar el interés humano que ponía en mi caso. Por ello y porque estoy seguro de que voy a morir en plazo corto, le envío el adjunto carrete de película filmada y revelada. Era este carrete lo que “ellos” buscaban con tanto ahínco. Lo encontré por casualidad en un armario de herramientas de jardinería donde mi pobre Lois debió ocultarlo. He proyectado este trozo de película y reconocido sin lugar a dudas a Katy Stewart, una compañera de colegio de Lois. No es preciso que le diga que me he sentido horrorizado viendo esas escenas...

»Quiero que sepa que yo tampoco di crédito en principio a los fantásticos relatos de mi hija. Sospeché que se debían a algún desequilibrio psíquico provocado por las drogas. Sin embargo, lo que he visto en este trozo de celuloide me obliga a creer que Lois vivió experiencias espeluznantes.

»Usted, señorita Davis Es una joven inteligente, despierta, inquieta y tiene sentido de la justicia. Si me ocurriera lo que temo, le suplico que intente encontrar a mi hija... si es que aún sigue con vida.

»Profundamente agradecido,

»Tom Cardiff»

Huxley aplastó el cigarrillo en el cenicero con un ademán impaciente.

—Bien, todo es inquietante, lo acepto. Pero ¿qué podemos hacer tú y yo,

Mary-Ann?

Si Cardiff fue asesinado, si su hija fue objeto de manejos criminales, si ha desaparecido... todo ello es trabajo para la policía —dijo al fin, un tanto exasperado al sentirse fijamente observado por la mujer a la que amaba.

Mary-Ann debía tener alguna idea entre ceja y ceja, pues inmediatamente se puso a la defensiva.

—La policía no logró hallar a Lois a lo largo de tres meses.

—Podemos entregarle ese rollo de película, como prueba.

—Dirían que se trata de simple ficción, conseguida mediante efectos especiales. En fin, lo que quiero es que iniciemos una investigación por nuestra cuenta. Tú resolviste brillantemente el caso de la desaparición de Claire Smithson, eres inteligente, posees experiencia puesto que prestaste servicios en el Servicio de Inteligencia Militar...

—Lo de Smithson fue un favor a un esposo desesperado. Por otra parte, mi especialidad son las leyes, no la investigación —retrucó Huxley, incómodo.

Mary-Ann se puso en pie y le señaló acusadoramente con un dedo extendido.

—Dijiste que ibas a ayudarme —pronunció—. Y la verdad es que necesito tu ayuda. No podré dormir hasta que averigüemos si Louis Cardiff está viva o muerta.

Sus labios se agitaban temblorosos y su expresión era anhelante.

Viéndola tan agitada, Chuck se puso en pie, la abrazó prietamente y la besó con suavidad en los carnosos labios.

—Si te pones así... En fin, veremos qué se puede hacer —

prometió.

Una tímida sonrisa distendió la atractiva boca de
Mary-Ann
Davis.

—No esperaba menos de ti, hombre famoso —susurró a su oído.
Y sus finos dedos comenzaron a desabotonar la camisa de Huxley,
que inmediatamente sintió un intenso estremecimiento de placer.

CAPÍTULO IV

Los ojos de
Mary-Ann
destellaban e pura animación.

—¿Ves? —exclamó, pasando un brazo por encima de los robustos hombros de Chuck Huxley—. Yo tenía razón: eres un investigador nato. En cuatro días has avanzado más que la policía en tres meses.

Chuck sonrió, halagado.

Sólo él sabía con conocimiento de causa cuántos esfuerzos le había costado obtener los datos concretos que ahora poseía.

Había averiguado, por ejemplo, que en los últimos meses se habían registrado hasta cincuenta denuncias en las comisarías de policía de la ciudad de San Francisco, relacionadas con desapariciones de jóvenes de uno y otro sexo. Y en todos aquellos casos los desaparecidos tenían edades comprendidas entre los quince y los dieciocho años.

Varios de aquellos adolescentes habían sido vistos en los muelles deportivos antes de su desaparición y de algunos de ellos se tenía la certidumbre de que habían iniciado cruceros de placer o se habían embarcado con el fin de alcanzar la costa de México o, simplemente, gozar de una arriesgada y emocionante jornada de pesca en alta mar.

Por tanto, la historia contada por Lois Cardiff alcanzaba a cada momento más altas cotas de verosimilitud.

Huxley había anotado datos interesantes, como el hecho de que Lois hubiera mencionado un volcán y también la duración del crucero que la llevara a la isla. Un tanto vaga, desde luego. Porque ¿cuántos son *varios días*? ¿Cinco, seis...?

Con un excelente atlas en la mesa, Huxley había llegado a la conclusión de que la isla que había mencionado Lois debía estar

situada en las proximidades del archipiélago de las Hawái. Una serie de llamadas telefónicas al Servicio de Vigilancia vulcanológica de Honolulu le ahorró fatigas y especulaciones sin cuento.

—Sólo hay un volcán en erupción en esta fecha. El Krikolahua, en la isla de Kuluai, a trescientas millas al sur del archipiélago —le informó un funcionario—. Kuluai es una faja de terreno de siete kilómetros de longitud por casi tres de ancho. Su volcán, El Krikolahua, está situado al sur de Kuluai, se eleva unos cuatrocientos metros y su erupción no es peligrosa, por ahora.

—Muy agradecido por su información. Y dígame, ¿abundan los tiburones en las aguas de Kuluai? —indagó Huxley.

—Los tiburones abundan en todas las aguas poco profundas de esta parte del Pacífico, pero son especialmente abundantes en Kuluai. Hace años, los pescadores hawaianos temían a esa zona como al mismo diablo. La isla pertenecía a un estrambótico francés que quiso plantar en ella un gran zoológico y un jardín botánico espectacular. A poco de conseguirlo, se aburrió y dejó en libertad a los animales que había llevado allí. Poco después la isla fue vendida al grupo de Empresas Wolsley. Según parece, se proponen construir allí un gran complejo turístico para atraer a los millonarios de Hawái. Ignoro si este último proyecto se ha llevado a cabo o no. Es todo cuanto puedo decirle.

—Mil gracias —respondió Huxley. Y colgó, verdaderamente satisfecho.

Mary-Ann se mostró muy agitada cuando Chuck la llamó al periódico para informarla del resultado de sus últimas gestiones.

—Lois Cardiff no desvariaba cuando habló de ese curioso gorila, ¿te das cuenta, Chuck? El gorila procedía del zoológico de ese francés extravagante —exclamó ella.

—Bien, hemos logrado situar el punto donde fueron enterradas esas infelices muchachas —respondió Huxley—. Ahora estamos en situación de plantear el asunto a la policía. Tengo un par de amigos en el FBI. Les hablaré del asunto.

—Calma —le detuvo

Mary-Ann, reflexiva—. Tomémonos algún tiempo para pensar en el próximo paso a dar.

Huxley torció el gesto. En realidad, no era partidario de

inmiscuirse en asuntos que competían netamente a la policía federal. Por otra parte, su olfato profesional intuía el peligro que podía encerrar profundizar privadamente en aquel oscuro caso.

—¿Qué te propones ahora? —preguntó desconfiado, pues conocía el carácter impetuoso de la adorable

Mary-Ann

Davis.

—Querido Chuck, sólo una mente retorcida, dominada por las aberraciones más inconfesables pudo imaginar una muerte más horrible para la infeliz Katy Stewart. Muchachas como Lois Cardiff y otras muchas pueden correr parecida suerte, sólo para satisfacer los sucios instintos de la persona que ha llegado a crear el infierno de Kuluai.

—Y tú te propones identificar y desenmascarar a ese turbio personaje —murmuró Chuck, pálido.

—Justamente. Pero, aunque no puedo ver tu rostro, adivino que la idea no te gusta demasiado. ¿Es que tienes miedo?

—¡Mary-Ann, estás completamente loca! —exclamó el abogado, colérico—. ¿Qué si tengo miedo, preguntas? ¡Claro que lo tengo! Y tú deberías sentir lo mismo si no fueras una muchachita alocada de poco más de veintitrés años.

Se produjo una pausa. Chuck podía escuchar la agitada respiración de su compañera a través del hilo telefónico.

—Está bien, dejémoslo —dijo ella, al fin, decepcionada. Chuck se mordió los labios.

—Mary-Ann, sé lo que vas a hacer a continuación. Conseguirás que tu director te envíe por tres meses a

Hong-Kong,

a Pekín, a Sídney o a Moscú. Eres vengativa, te propones presionarme.

—Te equivocas, querido —la ironía vibraba en la voz de la mujer—. Será todo mucho más fácil: emprenderé viaje a Kuluai y averiguaré lo que pueda.

—¡Kuluai! No seas loca, ¿o has olvidado lo que hicieron allí con Katy Stewart? Lois dijo que la isla estaba llena de hombres armados, de guardias, de vigilantes. ¿Cómo crees que podrías escapar de allí, en el caso de que pasaras desapercibida?

—Lois logró escapar una vez, ¿lo has olvidado? Si ella pudo

hacerlo, también yo lo conseguiré —insistió Mary-Ann, tenaz.

Huxley se atragantó. Por un momento estuvo a punto de barbotar:

—Está bien, haz lo que quieras.

Pero amaba demasiado a aquella mujer para dejar que corriera un riesgo seguro de muerte. Por otra parte, conocía suficientemente a

Mary-Ann

Davis como para saber que sus palabras no encerraban una simple baladronada.

Lo que dijo en realidad fue:

—No te precipites, querida. Quizá podamos hacer algo.

—¿Lo prometes?

—Almorzaremos juntos en Gardy's y hablaremos del asunto —respondió él, poco deseoso de comprometerse a la ligera.

El almuerzo fue delicioso, abundante y... movido. Cuando terminaron de comer, Chuck ya sabía lo que tenía que hacer. Y lo hizo: aquella misma tarde averiguó que el grupo de empresas Wolsley pertenecía a un enigmático personaje llamado Stanley Ellis Wolsley.

Al igual de Howard Hugues, Wolsley había desaparecido de la vida pública treinta años atrás. Dirigía sus negocios desde lugares distantes e inaccesibles, pero las acciones de sus empresas se cotizaban muy alto en la Bolsa. Se le suponía una fortuna incalculable: un experto en finanzas llegó a calcular que Wolsley poseía unos diez mil millones de dólares. Si esta cifra era o no cierta poco importaba, lo cierto era que se trataba de un caprichoso individuo podrido de dinero.

Más y más interesado en desvelar la personalidad del misterioso Wolsley, Chuck Huxley se entrevistó con Max Humber, agente federal y antiguo compañero de Universidad. Humber se sorprendió mucho al escuchar las explicaciones de Huxley.

—¿Stanley Wolsley, dices? —exclamó—. No voy a negarte que me suena ese nombre, pero tendré que consultar los archivos para darte alguna información válida.

Max Humber le llamó por teléfono aquella misma noche, cuando

Chuck y
Mary-Ann
estaban ya en la cama.

—Es acerca de Stanley Ellis Wolsley.

—Habla, por favor —pidió Chuck.

—Wolsley tuvo cuentas con el FBI hace unos treinta y cinco años. Prostitución de menores, tráfico de metales preciosos y gemas. Por desgracia, se trataba de un individuo demasiado escurridizo, asesorado por los abogados más prestigiosos. En dos ocasiones, Wolsley consiguió ser absuelto, aunque el fiscal pidiese para él sendas penas de quince y veinticinco años de reclusión. Lo más extraño del asunto...

—¿Qué es lo más extraño, Max? —preguntó Huxley, mientras jugueteaba con los cabellos de

Mary-Ann,
que seguía la conversación muy atenta.

—Wolsley debía haber muerto ya —respondió el policía—. En 1944, cuando fue procesado, tenía setenta y dos años. Es absurdo imaginar que un anciano de esa edad ande metido en turbios manejos con jovencitas.

Huxley asintió, ensimismado.

Cuando Humber se despidió, Chuck abrazó prietamente a
Mary-Ann
y besó el tibio lóbulo de su diminuta oreja.

—Hemos dado un paso en falso, querida —dijo—. Parece evidente que Wolsley no es el monstruo sádico que buscamos.

—Es un asunto apasionante —respondió ella—. ¿Por que desapareció Wolsley hace algo más de treinta años, por qué nadie ha vuelto a verle?

—Tal vez alguien le esté suplantando —opinó Huxley.

Hundió el rostro en los sedosos cabellos de su compañera y... se quedó dormido.

Oyendo su tranquila respiración,
Mary-Ann

le oprimió contra su pecho con ternura y apagó la luz.

Pero no pudo dormirse inmediatamente. A pesar de los días transcurridos,
Mary-Ann

seguía obsesionada. Cada vez que recordaba el joven y hermoso cuerpo de Katy Stewart despedazado por los tiburones, un estremecimiento de pavor la recorría de pies a cabeza.

Decidió investigar por su cuenta la personalidad de Stanley Ellis Wolsley.

Disponía de una documentación inigualable: la hemeroteca microfilmada del *Chronicle*.

A la mañana siguiente, atendió sumariamente su trabajo en la redacción y enseguida se dirigió al lugar que le interesaba: la hemeroteca del periódico.

Tuvo que retroceder más de treinta años para encontrar la primera fotografía de Wolsley: se trataba de un anciano de facciones duras, sienes plateadas, ojos fríos y porte señorial que representaba la edad que Max Humber había citado. Es decir, unos setenta años.

El 6 de octubre de 1944, Wolsley había caído gravemente enfermo. Una insuficiencia renal había obligado a ingresarle con urgencia en una famosa clínica privada.

El *Chronicle* del 20 de octubre del mismo año recogía la noticia del viaje de Stanley Wolsley a Europa. Según las especulaciones del reportero que firmaba la noticia, Wolsley padecía una enfermedad irreversible y trataba desesperadamente de sobrevivir sometiéndose a un tratamiento especial a cargo de un médico rumano, el doctor Peacescu, un famoso gerontólogo.

¿Qué había ocurrido después? Las posteriores noticias del *Chronicle* no eran sino vagas especulaciones: Wolsley había sido visto en Nueva York, se sospechaba que estaba invernando en Florida, se suponía que...

¿Vivía Stanley Wolsley o había fallecido?

Mary-Ann

no pudo hallar ninguna prueba a favor o en contra de tales hipótesis.

Sin embargo, la casualidad le brindó la posibilidad de disipar sus dudas. A mediodía almorzó con Chuck en Gardy's. Mientras paladeaban unos mariscos, un incisivo de

Mary-Ann

se astilló. Nerviosa por el pequeño incidente, decidió pedir hora a su dentista aquella misma tarde.

—El doctor Dunford me ha citado a las siete —anunció a Huxley cuando volvió a telefonar—. ¿Quieres recogerme en su consulta a las siete y media? Supongo que Dunford no tardará más de media hora en arreglar este pequeño desperfecto.

—De acuerdo, pasaré a recogerte entre las siete y media y ocho —respondió Chuck.

Mary-Ann permaneció en su despacho de redacción hasta las seis y media. A esa hora se dirigió caminando a la consulta del doctor Dunford, situada en un edificio de oficinas a unas tres manzanas de distancia.

No tuvo que esperar mucho; el dentista la atendió en seguida. A Mary-Ann

le sorprendió comprobar que Dunford estaba nervioso, cuando por lo común se comportaba como un hombre eficiente y reposado.

Mientras el dentista preparaba su turno con movimientos torpes e indecisos, la periodista anotó una palabra en las casillas del crucigrama que había empezado a resolver durante el camino. La palabra era «RENAL» y por asociación de ideas e inconscientemente Mary-Ann

anotó al margen: *Stanley Wolsley*.

El doctor Dunford la invitó a recostarse sobre el sillón articulado. Ya empuñaba el torno en la mano cuando leyó las palabras que

Mary-Ann

había anotado: *Stanley Wolsley*.

Dunford se atragantó y el pequeño aparato de precisión cayó al suelo con un rumor sordo.

—¿Se siente bien? —preguntó su cliente, solícita, al contemplar la palidez del rostro del dentista.

Dunford recogió el torno y detuvo el motor.

—¿Por qué... por qué ha escrito ese nombre? —farfulló. Mary-Ann escrutó las facciones del hombre, asombrada—. ¿Conoce a Wolsley? —preguntó a su vez. Y la expresión de Dunford cambió instantáneamente: ahora su rostro aparecía teñido de un rojo intenso.

—Sí... Es decir, no —Dunford cada vez estaba más nervioso—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Se trata de uno de sus clientes quizá? —Le acosó la

periodista.

—Era... era mi cliente. Pero de eso... de eso hace ya muchos años —respondió el dentista, visiblemente azorado.

—¿Por qué entonces se siente descompuesto? —Atacó Mary-Ann,

sin darle tiempo a reponerse—. ¿No será que Wolsley ha estado aquí recientemente, tal vez... hoy mismo?

—¿Cómo la sabe? —inquirió Dunford, que había vuelto a palidecer con increíble rapidez.

—Veamos, doctor, sabe que puede confiar en mí. Usted y yo sabemos que Stanley Wolsley ha estado aquí —mintió con toda tranquilidad. Vino a retocarse la dentadura, claro está.

Dunford se dejó caer, vencido, en una silla. Pasó una mano por su sudorosa faz y asintió pesadamente.

—Tiene razón, señorita Davis —declaró con voz átona—. Él estuvo aquí este mediodía. No se dio a conocer, ni yo le hubiera reconocido, de no ser por...

—¿Por qué?

—Por su dentadura. Yo construí su prótesis dental hace más de treinta años. Y sólo supe que estaba en presencia del señor Wolsley cuando le extraje la dentadura para rectificar la parte correspondiente a su mandíbula inferior. ¡Entonces le reconocí sin lugar a dudas! Aunque su aspecto... ¡Dios santo, era monstruoso!

—¿Monstruoso? ¿Qué quiere decir?

Dunford tragó saliva.

—Yo conocí a Stanley Wolsley hace unos cuarenta años. Era un hombre de una pieza: apuesto, viril, elegante... Pero tenía problemas con su dentadura. Caries, una infección peligrosa. Le recomendé que se extrajese todas las piezas que aún tenía y le prometí que le construiría una dentadura postiza, flexible y práctica. Accedió y se mostró muy satisfecho con la prótesis que yo le coloqué. Hoy... reconocí inmediatamente esa prótesis. Me costó hacerla más de tres semanas y valía cinco mil dólares.

—Él... Quiero decir, Wolsley, ¿no hizo ningún comentario, no se dio a conocer a usted? Ha dicho que tenía un aspecto monstruoso.

Dunford se alzó, inquieto, de su asiento.

—¡Imagínese! Cuando yo le vi por última vez, Stanley Wolsley era un caballero de aspecto otoñal, pero enhiesto y entero todavía.

El hombre que vino a visitarme hoy... pesaba más de doscientos kilos, era rechoncho, redondo, increíblemente adiposo. En la cabeza no había una brizna de cabello. Ni pelo, ni barba, ni siquiera cejas o pestañas. Su cabeza era redonda como un balón de fútbol y la piel era pálida, brillante y tensa. Sus ojos apenas lucían como dos estrechas rayitas y la línea de su mentón desaparecía bajo la gran masa de grasa que envolvía sus facciones.

Hizo una pausa para recuperar el aliento y prosiguió:

—Medí sus maxilares y vi que coincidían con las medidas de Stanley Wolsley. Entonces comprendí que estaba ante el mismo hombre. Empecé a preguntarme cómo era posible un cambio físico tan drástico en un individuo, porque lo increíble era que...

—Siga —le animó

Mary-Ann

Davis al advertir que el dentista tragaba saliva—. ¿Qué le pareció increíble?

—Wolsley debía tener más de cien años, pero el obeso individuo que aguardaba en la salita de espera próxima sólo representaba entre cuarenta y cincuenta —declaró Dunford.

—¿Cuánto tiempo permaneció aquí?

—Poco más o menos de una hora. Sus guardaespaldas llegaron sin previo aviso, espantaron brutalmente a mis clientes y me apercibieron de que debía liquidar durante dos horas el resto de mis compromisos profesionales. Luego llegó Wolsley, que, como le digo, no reconocí sino cuando examiné su prótesis dental. Su helicóptero se posó en la terraza y sus hombres debieron tomar al asalto los accesos de la escalera y los ascensores. Mientras él permaneció aquí, sus brutales guardias de *corps* montaron guardia constantemente en todas partes: terrazas, escaleras, ascensores, vestíbulos e incluso en la calle. Luego cuando él se marchó, reparada y su dentadura, uno de los esbirros me entregó un cheque por cinco mil dólares... ¡cien veces más de lo que valía mi trabajo! Tan silenciosamente como habían llegado, se marcharon.

Cuando Dunford terminó de hablar,

Mary-Ann

Davis se puso en pie.

—Pero... ¿no aguarda a que arregle su diente? —exclamó el dentista, asombrado.

—Volveré otro día —respondió la periodista—. Una última pregunta, doctor Dunford: ¿sabe dónde se aloja el señor Wolsley?

—No. Sólo sé que hace treinta años se alojaba en el edificio Blue Ocean, cuando residía en esta ciudad. El Blue Ocean es un rascacielos de cincuenta plantas, propiedad de míster Wolsley.

CAPÍTULO V

Huxley llamó a Max Humber aquella misma noche. Le explicó brevemente cuánto había averiguado

Mary-Ann

a través del doctor Dunford y agregó:

—Quise comprobarlo por mí mismo e intenté penetrar en el edificio Blue Ocean, pero no lo conseguí. Más de una docena de forzudos individuos montaban guardia en el vestíbulo y me arrojaron de allí violentamente cuando, haciéndome pasar por periodista, intenté ganar los ascensores. Más tarde, volvió a intentarlo

Mary-Ann,

con el mismo resultado negativo. Lo cierto es que Wolsley se rodea de férreas y eficaces medidas de seguridad. A

Mary-Ann

incluso le desgarraron el vestido esos gorilas... ¿No podrías hacer tú algo, Max?

El agente del FBI tardó unos instantes en responder.

—Mucho me temo que no, Chuck. Wolsley tiene derecho a su intimidad y nadie puede recriminarle porque prefiera mantenerse lejos del mundo.

—Pero la película que llegó a manos de

Mary-Ann...

—Entrégamela y la examinaremos en el laboratorio. Después presenta una denuncia. A partir de ahí, nosotros empezaremos a actuar. Entretanto...

—Está bien. Intentaré convencer a

Mary-Ann

de que ésa es la vía más sensata. Buenas noches, Max.

—Buenas noches, Chuck. Y no volváis a arriesgaros como hoy. Los hombres tan ricos como Wolsley son peligrosos.

El doctor Dunford fue conducido hasta la planta cuarenta y dos en uno de los rápidos ascensores. Estrechado por de corpulentos guardaespaldas y vigilado estrechamente, el dentista comenzó a sudar por todos los poros.

El ascensor se detuvo, los guardaespaldas le empujaron fuera con energía y avanzaron a lo largo de un pasillo tapizado, fuertemente vigilado. Al fin una puerta se descorrió y Dunford penetró en una amplia estancia suavemente iluminada con luces indirectas.

Recostado sobre un enorme diván, desbordada su grasienta humanidad por todas partes, estaba Stanley Wolsley. Vestía una túnica de seda roja estampada en oro, pero la rica prenda no bastaba para disimular su exagerado volumen corporal. Su rostro emergía de entre la seda y el terciopelo como una inmensa bola brillante donde sólo destacaban las rayitas de los ojos y la pequeña boca de labios descoloridos.

Wolsley observó a su visitante en silencio.

—Espero que lo que haya de decirme justifique su presencia aquí, doctor Dunford —dijo luego, con voz helada—. Supongo que, a pesar de todo, me ha reconocido. Debí imaginarlo... ¡reconoció su obra maestra!

—Así es, señor Wolsley. Y he venido aquí para prevenirle. Temo... temo haber cometido una indiscreción —murmuró con voz apenas audible.

—¡Ah, ah, una indiscreción! ¿Qué clase de indiscreción, doctor?

Dunford se aclaró la voz para explicar a Wolsley todo lo concerniente a la visita de

Mary-Ann

Davis.

—Hablé y hablé, para dar rienda suelta a mi agitación interior, pero cuando la señorita Davis se marchó comprendí que ella había estado sonsacándose deliberadamente. Por eso he venido aquí, señor Wolsley: para prevenirle.

—Ha hecho muy bien, querido doctor Dunford. —Los descoloridos labios de Wolsley se plegaron en una sonrisa grotesca—. Comandante Hall —uno de los hombres que escoltaban al dentista cuadró los hombros y juntó los talones inmediatamente—, ¿cómo era la mujer que intentó penetrar en este edificio hace dos

horas?

—Su descripción corresponde a la que el doctor Dunford acaba de hacer de la señorita

Mary-Ann

Davis —respondió Hall respetuosamente.

—Y supongo que debía ser Chuck Huxley el individuo que intentó otro tanto antes que la señorita Davis... —Wolsley cruzó las manos sobre el vientre en la actitud de un Buda complacido—. Bien, bien, doctor Dunford. ¿Sabe usted dónde vive la señorita Davis, el señor Huxley?

El dentista se agitó, nervioso.

—No, lo siento, señor Wolsley. Envío las facturas de la señorita Davis a su despacho del *Chronicle* —respondió.

—Tranquilícese, no tiene importancia. El comandante Hall se ocupará de ello... Querido doctor Dunford, ha cumplido usted con su deber al venir aquí a avisarme. Por desgracia, ha cometido usted un error gravísimo que no podemos pasar por alto. Los semienterrados ojillos de Wolsley relucieron—. Llévenselo, comandante. Y por favor, no le hagan sufrir demasiado... ¡es el mejor dentista del mundo!

A Dunford se le doblaron las rodillas. Antes de que le fallaran las piernas, se sintió aferrado por dos manos de acero que le sacaron en volandas de la estancia.

En aquel justo momento, Dunford comprendió que, en efecto, acababa de cometer un error mortal.

Mary-Ann despertó bruscamente. Tomó a Chuck por un brazo y le zarandeo.

Huxley gruñó entre dientes, se dio la vuelta y siguió durmiendo, pero su compañera le pellizcó en la espalda hasta que el hombre se incorporó de un respingo.

—¿Me puedes explicar qué bicho te ha picado? —barbotó Chuck, impaciente—. Deben ser las tres o las cuatro de la madrugada.

Mary-Ann le tapó la boca con la mano.

—¡Chiss...! Escucha, los perros están ladrando desaforadamente. Algo ocurre ahí fuera. «Sandra» y «Yuri» jamás habían ladrado así —susurró

Mary-Ann

a su oído.

Chuck se despertó por completo. Aguzó el oído y oyó los ladridos de los dos perros dobermans que montaban guardia nocturna en el recinto que rodeaba su casa de la playa.

—Tienes razón, esto es anormal. Vistete, vamos a echar una ojeada —indicó.

Un momento después descendían a oscuras y en silencio hasta las habitaciones del segundo piso. Desde una de las ventanas avizoraron los alrededores. La luna en cuarto menguante sólo arrojaba una vaga luz lechosa sobre la tierra, suficiente, sin embargo, para distinguir a los seis bultos que se acercaban a la casa desde la carretera.

Mary-Ann tembló a su lado.

—¡Dios mío! ¿Qué pretenderán esos individuos? —murmuró.

Pero Chuck la tomó por la mano y la hizo descender apresuradamente. Un momento más tarde, ambos saltaban la verja posterior mientras los perros seguían ladrando al otro lado, más airados a cada momento.

Se alejaban sobre la arena encorvados cuando se dejó oír en la noche el quejido quejumbroso de uno de los perros.

—¡Es «Sandra»! —exclamó

Mary-Ann

—. Creo... creo que la han matado. Y lo mismo harán con «Yuri».

—¡Calla! No te detengas. Ahora es preciso alejarse —la instó Huxley.

Alcanzaron una duna, se arrojaron a tierra de bruces y rodaron pendiente abajo. En aquel momento, un potente haz luminoso recorrió los alrededores. Chuck apretó el rostro de su compañera contra la arena y así permanecieron inmóviles y jadeantes hasta que el chorro de luz se extinguió finalmente.

«Yuri», el otro doberman, ladraba ferozmente dentro del recinto. A poco se oyó un apagado «plop» y los ladridos del animal cesaron bruscamente y el silencio se apoderó del lugar.

—¿Y ahora...? —susurró

Mary-Ann,

temblando de miedo.

—Espera. Creo que no nos han visto. No te muevas de aquí, voy a echar una ojeada —avisó. Y trepó ágilmente sobre la duna y se

aplastó contra la arena.

La claridad lunar casi se había extinguido, oculta la luna tras un espeso nubarrón. Aunque esforzó la vista, Chuck no pudo distinguir otra cosa que la mancha oscura de la casa que se erguía al borde de la playa.

Fue entonces cuando resonó en la quietud de la noche aquel impresionante «flosch» y una roja y brillante llamarada iluminó los contornos.

—¡Lanzallamas! —exclamó Huxley, aterrado.

En efecto, tres largas lenguas de fuego chamuscaron las bellas plantas del jardín y prendieron rápidamente en las maderas. El chalet, con cimientos y pilares de hormigón, pero construido en madera en su casi totalidad, comenzó a arder inmediatamente.

Fascinado, Huxley contempló las altas llamaradas durante unos minutos, sin capacidad para reaccionar.

—¿Qué ocurre ahí arriba, qué es ese fuerte resplandor? —siseó Mary-Ann desde la hondonada.

De repente, Huxley fue consciente del peligro que corrían permaneciendo en aquel lugar. No cabía duda acerca de las intenciones de los seis hombres que rodeaban el chalet incendiado: quemar la casa con sus moradores dentro.

Bañado en frío sudor, se dejó rodar lentamente, se incorporó, tomó a su compañera de una mano y susurró:

—Vamos. Hay que alejarse de aquí cuanto antes.

Mary-Ann no hizo ninguna pregunta. Cuando se hubieron alejado más de doscientos metros entre los matorrales que crecían en las dunas, se detuvieron jadeantes y miraron atrás.

A la vista de la enorme hoguera, las lágrimas brillaron en los ojos de la mujer.

—¡Nuestra casa...! —gimió—. Jamás volveremos a vivir en ella.

Pero Huxley tiró de ella con cierta brusquedad y prosiguieron la huida.

—Calla —susurró al oído de Mary-Ann

—. Hemos salvado la vida. Eso es lo que importa.

CAPÍTULO VI

El cadáver del doctor Dunford apareció flotando en la bahía tres días más tarde.

La autopsia del cadáver reveló que la muerte del dentista se debía a una dosis excesiva de sedante inyectada directamente al corazón.

—Ahora ya no tenemos dudas: el criminal que buscábamos no es otro que Stanley Wolsley. El infeliz Dunford debió arrepentirse de haber hablado contigo y supuso que una confesión ante Wolsley le supondría el perdón. Pero ya vemos que no fue así: lo pagó con la vida —dijo Huxley.

Se encontraban en la cabina de un alejado motel de carretera, donde habían permanecido ocultos durante tres días, demasiado desconcertados y temerosos para decidir una forma de actuación.

—Hay que hacer algo —Mary-Ann aplastó, impaciente, el cigarrillo sobre un cenicero—. No podemos seguir ocultándonos hasta que Wolsley nos encuentre y nos...

Calló bruscamente, impresionada por sus propias palabras. Huxley la miró con ternura y acarició su mejilla.

—Tienes razón, ha llegado el momento de actuar —decidió el hombre—. Y se trasladó a la habitación contigua.

Volvió unos minutos después y su expresión aparecía más despejada.

—He hablado con Max Humber y se lo he contado todo. E FBI acepta mi denuncia y nos ofrece protección. Por otra parte el examen de la película ha dado resultado positivo y la policía federal está interesada en encontrar a Wolsley para interrogarle. En fin, Max vendrá a buscarnos dentro de media hora. Dispone de un refugio cómodo y discreto para nosotros. Créeme, querida: nada tenemos que temer a partir de ahora.

—Ojalá sea cierto —respondió

Mary-Ann,
un poco pálida.

¿Estaba arrepentida de haber iniciado aquella loca aventura tras las huellas de Lois Cardiff? Si lo estaba, sus labios tercamente apretados y la flexión de su enérgica barbilla lo desmentían.

El refugio era sólido y discreto: una casa de piedra oculta entre los pinos de Mount Kargall. Dos jóvenes agentes del FBI les servían de eficaces guardaespaldas; otro policía federal vigilaba la casa constantemente desde lo alto de una torreta del servicio de guardabosques, situada a unos trescientos metros.

Max Humber vino a verles con noticias al finalizar la segunda semana.

—¿Qué tal, cómo os sentís? —preguntó, cordial.

—Bien, pero mortalmente aburridos —respondió Huxley—. ¿Qué hay acerca de Wolsley?

—Dos docenas de agentes especiales le buscan por todo el país. Como sabéis, desapareció misteriosamente de San Francisco y nada interesante pudimos hallar en el edificio Blue Ocean —explicó el policía—. Ayer, un equipo de la Oficina Federal en las Hawái se trasladó en helicóptero a la isla Kuluai para practicar un registro.

—¿Y...?

—La isla estaba desierta, a excepción de los animales salvajes en libertad que vagan por la jungla. Por cierto, los agentes de Hawái tuvieron que abatir a tiros a un enorme tigre de Bengala que merodeaba alrededor de las edificaciones. Los edificios que se elevan en el centro de la isla parecen, en efecto, instalaciones turísticas, pero todo aquello tiene el aspecto de haber sido abandonado definitivamente.

—¿Y Stanley Wolsley? ¿Se ha volatizado? —preguntó Mary-Ann, sarcástica.

—No cabe duda de que sabe esconderse, pero un día u otro le encontraremos y entonces tendrá que responder a muchas preguntas. Por cierto: nuestros hombres de Hawái encontraron y fotografiaron el promontorio desde el que Katy Stewart fue arrojada a los tiburones, lo cual supone una evidencia contra Wolsley.

—¿Ha aparecido Lois Cardiff? —preguntó Mary-Ann

con cierta ansiedad.

—No, por desgracia, a pesar de que el FBI sigue buscándola incansablemente, incluso lejos de Estados Unidos —respondió Humber.

Fumaron cigarrillos y bebieron unas latas de cerveza fría. Al cabo, Huxley planteó directamente la cuestión a su amigo.

—No aguanto un día más aquí, Max. A

Mary-Ann

le ocurre otro tanto. Queremos volver a Frisco. Sinceramente, esta soledad y la consiguiente inactividad nos matan —dijo.

Humber consideró el asunto durante un instante.

—De acuerdo, volved a Frisco. O mejor, tomaos unas vacaciones. Servirá para relajaros y de paso olvidaréis vuestras escabrosas experiencias en relación con Wolsley. Dejadme terminar esta cerveza y emprenderemos el regreso.

De común acuerdo, decidieron seguir el consejo de Max Humber. Y escogieron Puerto Vallarta, en México, para pasar un par de semanas de despreocupadas vacaciones.

Partieron en automóvil dos días más tarde. El tiempo era excelente, lo que propició que el viaje fuera delicioso y sosegado. Instalados en un hotel de la playa en Puerto Vallarta, el sol, el aire, el mar y la natural alegría de los mexicanos consiguieron que ambos olvidaran pronto las pasadas angustias.

Cinco días después, entablaron relación con el joven matrimonio formado por Jack y Olivia Parker, una pareja de alegres norteamericanos que supieron contagiarles enseguida su entusiasmo.

Dos días después, Jack Parker apuntó la posibilidad de que los cuatro se hicieran a la mar para intentar la captura de algún buen ejemplar de pez espada. Jack era un apasionado de la pesca en alta mar y, además, poseía un excelente yate, en el que el matrimonio se había trasladado a Puerto Vallarta desde San Diego.

La jovialidad y el encanto de los Parker se les contagió enseguida y ambos aceptaron, encantados, la invitación.

A las nueve de la mañana siguiente se hicieron a la mar. Fue a unas diez millas de la costa cuando

Mary-Ann

recordó un pasaje del relato de Lois Cardiff:

«... fue ya en alta mar cuando un buque nos interceptó. Nos obligaron por la fuerza a subir a cubierta y nos encerraron en un calabozo...»

A punto estuvo de plantear sus temores a Chuck, pero éste permanecía absorto en la tarea de preparar los trebejos de pesca y, por otra parte, los Parker parecían tan sencillos, amables e inofensivos...

Las siguientes horas fueron tan plácidas y divertidas que Mary-Ann

olvidó sus temores iniciales. Hacia las doce, Chuck enganchó con su anzuelo un enorme ejemplar de pez espada. El animal saltaba y saltaba sobre las olas incansablemente y los dos hombres forcejeaban sudorosos, recogiendo y largando sedal mientras el yate se balanceaba sobre el mar brillante y espumoso.

Más de una hora fue necesaria para conseguir la captura del pez espada. Cuando el descomunal pez dio sus últimos coletazos sobre la cubierta, Huxley se sintió infantilmente satisfecho.

Tras el copioso almuerzo, los hombres volvieron animosos a la pesca. El tiempo transcurrió sin dejarse sentir. Llegó el atardecer y aún se encontraban a muchas millas de la costa.

—Creo que deberíamos volver —dijo tímidamente Mary-Ann

—. Es tarde.

Jack Parker asintió. Disimuladamente dirigió una ojeada a la mar.

—Es cierto. Pronto se hará de noche.

Curiosamente, el motor se negó a funcionar cuando Parker quiso ponerlo en marcha. Jack llamó a Chuck para que le ayudase en la sentina.

—Debe ser algo del encendido —le dijo—. ¿Quieres sostener esta lámpara mientras desmonto el delco?

Solícito Huxley, hizo lo que Parker le pedía. Inclinado hacia adelante no pudo ver la pesada llave inglesa que Jack empuñaba.

Bruscamente el acero golpeó el cráneo de Huxley, que cayó pesadamente sobre el motor sin exhalar un leve gemido.

Inmediatamente, Parker sacó un par de esposas y unió con ellas, a la espalda, las muñecas de Huxley. Indiferente a la abundante sangre que manaba de la cabeza de Jack, recogió la llave y subió a

cubierta.

Mary-Ann sospechó lo que acababa de ocurrir en cuanto contempló las facciones transidas de Parker. Ágilmente, saltó de costado y esquivó el golpe que Jack le dirigía. Con rapidez sorprendente, golpeó al hombre en el cuello y le impulsó hacia abajo.

Sin embargo, cuando se volvía hacia Olivia, advirtió que ésta tenía en la mano un afilado arpón de acero.

—Si te mueves, te atravieso el pecho con el arpón, querida — murmuró con una sonrisa perversa.

Mary-Ann se detuvo, rígida.

A la espalda de Olivia apareció la oscura silueta de un buque que se acercaba a toda máquina.

—¡Cuidado! —gritó, tratando de distraer a Olivia—. ¡Ese barco nos va a embestir!

Pero Olivia sonrió heladamente.

—No temas, no pasará nada. En realidad, el motor no estaba estropeado. Precisamente esperábamos a ese buque.

CAPÍTULO VII

Chuck pasó una mano por sus labios manchados de arena.

Sus ojos enrojecidos miraron hacia el palco y vieron a Stanley Ellis Wolsley. La regordeta mano del millonario seguía acariciando pausadamente el muslo perfecto de Mary-Ann.

¿Qué le ocurría a ella, cómo soportaba pasivamente sin un solo gesto que aquel horrible individuo la acariciara...?

«La han drogado —pensó Huxley—. O tal vez han vaciado su cerebro. Como debieron hacer conmigo mismo».

Claro. Mary-Ann no era culpable, sino una víctima más del repugnante Wolsley. ¿Qué sería de ella si, como parecía inminente, Huxley moría fusilado...?

«¿Se conformará Wolsley con seguir acariciándola o... la hará arrojar a los tiburones?».

Giró la cabeza y vio... el pelotón de fusilamiento que aguardaba en formación al mando del «comandante» Hall.

La voz de Wolsley le obligó a dedicar su atención al palco instalado bajo los graciosos cocoteros.

—¿Está preparado, señor Huxley? —El sonido se expandió, potente, hasta el acantilado, donde levantó extraños ecos—. En tal caso, el juez Talbot leerá la sentencia.

A la derecha de Wolsley se irguió la silueta de un estirado hombrecillo vestido de negro. Era alto, encorvado y su cabeza era tan diminuta como una manzana grande. Tenía unos folios en la mano y antes de empezar a leer su nuez se movió arriba y abajo en su garganta.

Después de carraspear varias veces, se aproximó a un micrófono y pronunció con voz engolada:

—Yo, William Talbot, juez en funciones del Dominio Wolsley, condeno a muerte a Chuck Huxley por el delito de espionaje. La

sentencia se cumplirá ahora. Señor Huxley, va a ser fusilado. ¿Tiene algo que decir?

Chuck alzó una mano con gesto rabioso y uno de los oficiales de vigilancia le tendió un micrófono.

—Sí, quiero decir algo —sorprendido, Chuck comprobó que los altavoces expandían su voz en todas direcciones—. Quiero decir que usted, Talbot, es un loco imbécil. Y añadiré que usted, Wolsley, es un psicópata y un payaso con ansias de grandeza... ¿Cómo pueden acusarme de espionaje, y en nombre de qué país o gobierno?

La enorme papada de Wolsley se estremeció.

—Éste no es su país, señor Huxley —pronunció, conteniendo la ira—. Éste es el Dominio Wolsley y yo tengo mis propias leyes, mi propio ejército y mi policía personal. ¡Tengo autoridad para hacerle condenar a muerte! Sin embargo...

Chuck parpadeó. ¿Qué nueva genialidad se le habría ocurrido a aquel perturbado...?

—Sin embargo —prosiguió Wolsley—, soy un hombre piadoso y compasivo. También puedo indultarle, señor Huxley. Y estoy dispuesto a hacerlo si reconoce públicamente al Dominio Wolsley como estado soberano y si, también públicamente, me acata como a su señor.

Chuck tragó saliva. Luego inspiró violentamente aire en sus pulmones y gritó:

—¡Váyase a la mierda, Wolsley!

El millonario enrojeció.

—¡Llévenlo al acantilado! —barbotó, congestionado—. ¡Llévenlo al acantilado y... que se cumpla la sentencia...!

Dos guardias arrastraron a Huxley sobre la arena. Mientras sus pantalones se convertían en jirones, Chuck sonrió amargamente.

«Heme aquí condenado a muerte por un desquiciado con aires de grandeza. Y lo peor de todo es que van a matarme», pensó.

Llegados al acantilado, le irguieron y le apoyaron sobre las rocas.

Chuck jadeó.

Con los ojos empañados por las lágrimas, dirigió una mirada al palco de Wolsley.

Mary-Ann continuaba allí, erguida, indiferente, imperturbable.

—¡Dios mío, ni siquiera una lágrima en sus ojos! —sollozó

Huxley, dolorido.

Junto a Wolsley estaban —además de Mary-Ann

—, el «juez» Talbot, el «reverendo» Whithman y unas ocho personas más, todas desconocidas.

Los guardias se habían retirado, el pelotón estaba presto.

El comandante Hall permanecía pendiente de la señal de Wolsley, quien precisamente en aquel momento alzó una mano regordeta e invirtiendo el pulgar hacia abajo con un ademán dramático, la bajó furiosamente.

—¡Atención! —gritó Hall a voz en cuello—. ¡Apunten...! ¡Disparen...! ¡Fuego...!

Las detonaciones resonaron ensordecedoras, repetidas por el eco del acantilado.

Chuck sintió una fuerte quemazón en el pecho. Enseguida experimentó un mareo intenso y sus ojos se cerraron. Finalmente perdió la consciencia y su cuerpo cayó de bruces sobre la arena.

Entonces Wolsley ordenó que los altavoces propagaran las notas de una marcha fúnebre. Contemplando el cuerpo inmóvil de Huxley sobre la playa, prorrumpió en una fuerte carcajada.

Los párpados se agitaron levemente, sin llegar a abrirse.

Chuck deglutió saliva con dificultad y elevó una mano, palpándose el pecho. Le escocía terriblemente y comenzó a rascarse, pero una mano fría abarcó su muñeca y le inmovilizó férreamente.

Entonces Chuck despertó.

Abrió los ojos y vio el rostro anguloso del hombre que se inclinaba sobre él: una expresión severa, hierática, una nariz aguileña, un fino bigotillo estilizado, unos ojos azules, de fría mirada...

¿Satanás, quizá...?

—Soy el doctor Simpson. Tranquilícese, Huxley: está fuera de peligro —pronunció aquel hombre.

¿Fuera de peligro... vivo?

Sus ojos recorrieron lentamente la pulcra habitación de muros alicatados con baldosines blancos.

«No parece una dependencia del Infierno —pensó—. Sino más bien la habitación de un hospital».

De repente, una sensación de arrolladora vitalidad le embargó.

—Estoy vivo, ¡vivo! —gritó su corazón, alborozado. Y movió su mano izquierda, libre, y palpó, todavía incrédulo, su vientre, sus muslos, y entendió que por alguna oculta razón seguía con vida.

¿Tan mala puntería tenían los esbirros de Wolsley? Diez hombres armados con excelentes fusiles automáticos habían fallado sus disparos. Bueno, estaba aquel intenso escozor en su pecho. Instintivamente, Huxley llevó su mano izquierda al pecho, pero el doctor Simpson detuvo su movimiento.

—Cálmese. Sólo es una pequeña herida sin importancia. Pero la hará sangrar si se rasca —advirtió el médico.

Huxley relajó sus músculos y respiró hondo durante unos minutos. Luego clavó su mirada en el adusto rostro del médico.

—¿Cómo es posible? —exclamó—. Yo oí perfectamente los disparos... Y luego aquel golpe en el pecho... ¿Cómo es posible que continúe con vida después... después de...?

—No estoy autorizado a hablar —respondió Simpson—. ¿No le basta saber que está vivo...?

Huxley no contestó.

Analizando los hechos fríamente debía responderse que, en efecto, se sentía profundamente satisfecho de seguir con vida. Pero en su cerebro se debatían, impacientes, miles de preguntas sin contestar.

¿Cómo... cómo era posible que...?

Simpson dejó libre sus manos y Huxley contrajo sus músculos. Se dio cuenta de que la sensación de debilidad que había experimentado desde que despertase en la celda había desaparecido. Ahora notaba que la sangre corría tumultuosamente en las venas, que sus músculos estaban dotados de vigor y de energía.

Reflexionó, mientras Simpson permanecía a su lado, observándole sin perderle de vista un solo momento.

Era fácil deducir que su anterior debilidad era debida a la acción de las drogas. Le habían drogado, claro está. Y otro tanto debió ocurrir en relación con

Mary-Ann.

—¿Se siente bien ahora? —preguntó Simpson.

—Sí, estoy bien. Pero necesito saber cuál es mi situación —respondió.

Simpson le volvió la espalda para abrir un armario adosado a la pared.

—Su Excelencia le recibirá dentro de unos minutos. Vístase. Encontrará aquí ropas a su medida.

Huxley se incorporó sobre los codos.

—¿Su Excelencia? —preguntó.

—El señor Wolsley —aclaró el médico—. Y voy a hacerle una advertencia, Huxley: mida sus palabras cuando hable con él. Al señor Wolsley le gusta que le den el tratamiento de «Excelencia». Hágalo así y probablemente se ahorrará muchos sinsabores.

CAPÍTULO VIII

De una cosa estaba seguro Huxley: Stanley Wolsley no dejaba nada al azar. Siguiendo los pasos de Paul Whithman —que había cambiado su *clergyman* por un bien cortado traje de alpaca—. Chuck pudo observar las minuciosas medidas de seguridad de que se rodeaba el cacique de Kuluai: cámaras de televisión semi ocultas, puertas de cristal de seguridad, vigilantes por doquier luciendo un sofisticado armamento automático.

El salón, de proporciones irregulares en que desembocaba el pasillo, tenía la misma superficie que una pista de tenis. En el centro se veía una enorme maqueta de la isla que reproducía hasta los mínimos detalles los edificios, instalaciones y accidentes geográficos de la misma. Centenares de lucecitas fijas o intermitentes de diversos colores destellaban aquí y allá sobre la perfecta maqueta.

De repente vio al gigantesco gorila sentado en uno de los peldaños del estrado de mármol verde. Era un cuadrúmano descomunal, que debía medir casi dos metros. El animal poseía unos hombros inmensos y unos brazos larguísimos y musculosos impresionantes. Sus ojillos rojizos daban a su negro rostro una expresión maligna, animalesca. Y lo que es peor, vigilaban sin pestañear a Chuck Huxley.

Una fuerte cadena de acero cromado sujetaba al animal por el cuello. Incluso así, Huxley no pudo evitar una angustiada aprensión.

Más arriba —exactamente seis peldaños arriba—, estaba Stanley Wolsley. Vestía una holgada túnica azul bordada en hito de oro y se sentaba sobre una especie de trono dorado con brazos de marfil y respaldo de terciopelo azul.

En otras circunstancias, a Huxley todo aquello le hubiera parecido grotesco. Sí, era muy posible que no hubiera podido retener una carcajada. Pero ahora no tenía gañas de reír, porque

sabía que tras la apariencia de bufón de aquel hombre se ocultaba un cerebro enfermizo, una mente criminal.

Whithman se detuvo, juntó los talones e inclinó la cerviz servilmente.

—Excelencia, he traído al señor Huxley, tal como me ordenó —dijo.

Los ojillos de Wolsley observaron a Chuck, desde los pies a la cabeza. Y de repente estalló en una histérica carcajada.

—Conozco al señor Huxley, le conozco bien —exclamó. Y su risa se extinguió bruscamente—. Tráigale un sillón y retírese, señor Whithman.

—Sí, Excelencia.

Whithman trajo un precioso sillón de nogal tapizado en terciopelo rojo y lo depositó detrás de Chuck, que permaneció rígidamente en pie hasta que Wolsley le ordenó:

—Siéntese, señor Huxley.

El gorila rugió sordamente. Parecía inquieto por la presencia de Chuck.

—¿No le he presentado a Groonch? Es mi amigo favorito —exclamó Wolsley, risueño—. Aunque debo reconocer que Groonch tiene un defecto: es excesivamente libidinoso. No le extrañe si le ve hacer algún ademán claramente grosero: Groonch debe padecer alguna obsesión sexual.

Huxley rechinó los dientes, pero no hizo ningún comentario.

—Por lo demás, Groonch se comporta pacífica e incluso amistosamente con todos... especialmente con las mujeres —añadió «Su Excelencia».

Huxley tragó saliva. ¿Hasta qué límites pensaba llegar el retorcido Wolsley? ¿Tal vez quería provocarle?

—Se estará preguntando por qué sigue vivo después... después de su «ejecución», supongo.

—Así es, Excelencia —Huxley tenía ya las ideas claras respecto a la conducta que debía observar.

Wolsley sonrió, complacido. Indudablemente le halagaba la nueva actitud de Chuck Huxley.

Groonch, el gorila, parecía más apaciguado. Ya no observaba fijamente al recién llegado. Simplemente, parecía muy interesado contemplando un maravilloso desnudo colgado en el muro a la

derecha del «trono» de Wolsley.

—Se lo explicaré, señor Huxley. Sencillamente, todo fue una broma —declaró «Su Excelencia». Y prorrumpió en una risotada interminable que hacía vibrar a oleadas su abundante y flojo abdomen.

—¿Una broma? —exclamó Chuck, seca la garganta.

—Exactamente, una broma. Pero no esté en pie. Siéntese. Huxley obedeció, rígido.

—¿Quiere decir que... desde el primer momento usted no pensaba hacerme fusilar? —preguntó, atónito e incrédulo.

Wolsley había dejado de reír. Ahora su rostro redondo tenía un rictus severo.

—Debe saber que aquí, en el Dominio Wolsley, sólo se observan las leyes que yo voy estableciendo a mi buen juicio. Es cierto que en principio, hallándome en el continente, su curiosidad me molestó. Entonces decidí ejecutarles, a usted, Huxley, y a la señorita Davis. Pero ustedes escaparon milagrosamente ilesos y entonces decidí estudiar su caso con toda minuciosidad. Por eso encargué a mis agentes que les trajesen al Dominio Wolsley: quería observarles de cerca, conocerles mejor, para poder juzgar con absoluta imparcialidad...

Huxley apenas prestaba atención ya a las palabras de aquel loco de aspecto monstruosamente obeso.

—Una broma —repetía en su interior—. Me hizo sufrir la horrible agonía de una ejecución fingida... sólo para gastarme una broma.

Rechinó los dientes. Si había odiado a muerte a aquel hombre poco antes del «fusilamiento», ahora su rencor hacia Wolsley no conocía ya límites. Aquel monstruo se había burlado de él, le había obligado a padecer con la idea de una muerte inminente, sólo para gozar con la horrible pantomima.

—En principio sospeché que ustedes fueran agentes de espionaje al servicio de un país enemigo: los Estados Unidos —estaba diciendo Wolsley.

Huxley parpadeó, asombrado.

—Pero usted es norteamericano de nacimiento, Excelencia —exclamó, disimulando a duras penas el odio que sentía hacia Wolsley.

—¡Yo no obedezco más leyes que las mías propias! —chilló el cacique, claramente irritado.

Inmediatamente, Groonch se alzó sobre sus cortas piernas y un rugido brotó de sus fauces. Contemplando en toda su estatura al gigantesco animal, Huxley advirtió que todo su cuerpo se empapaba en frío sudor.

Wolsley se apaciguó de repente. Sonreía aviesamente cuando dijo:

—Créame, señor Huxley: yo puedo decidir sobre la vida o la muerte de cualquier persona, en cualquier parte del mundo. Puedo enriquecer a un hombre o... someterlo a la más increíble de las agonías. Y eso, por derecho propio, me convierte en algo más que un simple ciudadano norteamericano —pronunció con desprecio ostensible.

Observó la expresión de Huxley y agregó:

—Por fortuna para usted, cuento con todos los resortes necesarios para penetrar en la mente humana y conocer sus pensamientos y designios. Supe claramente que usted y la señorita Davis no eran espías, sino apenas dos estúpidos románticos que habían cargado sobre sus espaldas la espinosa responsabilidad de encontrar a una jovencita, Lois Cardiff.

—Es cierto —respondió Huxley, haciendo un enorme esfuerzo por conseguir que su voz no temblara.

Wolsley se encolerizó.

—Su estúpido sentimentalismo me puso en peligro, señor Huxley. Usted, por tanto, merecía un castigo. No la simple muerte, sino una muerte fingida, por ejemplo. Aniquilarle hubiera sido demasiado fácil... De todas formas, usted ha sufrido la misma agonía que en una muerte real...

Huxley hubo de admitir en su fuero interno que así era. Si salía con vida de allí, jamás olvidaría la terrible experiencia.

—Luego, su actitud me hizo gracia —añadió Wolsley.

—¿Mi actitud?

—Sí. Usted se rebeló contra mí, tuvo la osadía suficiente para insultarme cuando estaba a las puertas de la muerte. Y eso tiene un enorme valor para mí: significa que es usted un hombre distinto, un individuo de una pieza. Todo lo contrario de los borregos que me rodean en el Dominio Wolsley, los cuales me obedecen sin rechistar.

Usted, Huxley, posee ideas propias y ello me interesa.

—¿Qué es lo que espera de mí?

Wolsley pasó una mano regordeta por su brillante y esférica frente.

—Debo pensarlo detenidamente. Es posible que le encargue de redactar las leyes que regirán el Dominio Wolsley, tal vez le haga cargo de mis negocios en otros países...

—Dígame, Excelencia, ¿no teme que le engañe, que aproveche su confianza para alzarme contra usted, para... traicionarle? —preguntó Huxley, con tal audacia que él mismo quedó asombrado de sus palabras.

El cacique dejó escapar una estentórea risotada.

Luego su risa se extinguió bruscamente. A través de las rendijas de sus párpados, Wolsley le dirigió una maligna mirada.

—No, no temo tal cosa, señor Huxley. Hubo algún precedente en ese sentido. Arthur Perkins, mi ingeniero electrónico, imaginó que sería fácil robarme y después asesinarme. Otro de mis hombres, el jefe de Seguridad, Richard Jones, permitió escapar de Kuluai a una jovencita, precisamente Lois Cardiff. Pero no consiguieron escapar a mi justicia.

—¿Dónde están ahora Perkins y Jones? —preguntó Huxley, expectante.

—La curiosidad es una virtud... hasta cierto límite, señor Huxley. Me molestan especialmente las personas excesivamente curiosas. Sin embargo, por esta vez voy a satisfacer su curiosidad. Le diré que, aprovechando ciertas galerías naturales situadas en el subsuelo de esta isla, ordené construir una prisión de seguridad a unos ciento veinte metros de profundidad. Juzgamos a Perkins y a Jones por alta traición y fueron condenados a permanecer en las profundidades hasta que les llegara la muerte. La de estos dos hombres fue una larga agonía. Decreté que se le fuera disminuyendo progresivamente la ración de comida y agua. A los dos meses habían adelgazado tanto que se convirtieron en dos esqueletos vivientes. Yo les vi con mis propios ojos, un par de semanas antes de que murieran. Perkins, que era un hombre alto y corpulento, apenas pesaba treinta y cinco kilos, aunque su peso normal era de ciento diez. Perkins sobrevivió a Jones, que era un hombre con menos recursos físicos. Murieron finalmente y sus

cuerpos se momificaron. Hice subir sus momias y las coloqué en sendas vitrinas del vestíbulo del casino. Mis súbditos pueden contemplarlas cada vez que deciden arriesgar unos dólares a la ruleta o el póquer.

Huxley no hizo ningún comentario. En realidad, y aunque ponía todo su interés en disimularlo, se sentía aterrado. Jamás, en sus días, había conocido una mentalidad más monstruosa que la del hombre que se sentaba sobre el trono del alto estrado de mármol.

—Le veo un tanto impresionado, señor Huxley... —se burló Wolsley.

—Lo confieso. Fue un castigo terrible.

—Bien... Observo con satisfacción que es usted un hombre inteligente y sensato. Por ello espero que jamás le ocurra lo que a Jones y Perkins. Ahora puede retirarse. Volveré a llamarle cuando haya decidido las funciones que voy a confiarle.

—Sí, Excelencia —Huxley se aclaró la garganta—. ¿Podría hacerle una pregunta?

—Se lo permito.

—¿Qué ha sido de

Mary-Ann

Davis? —Era la pregunta que había estado pugnando por brotar de sus labios desde el primer momento.

Wolsley hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—Le espera en la *suite-emperador del Sun Hotel*. Ordené personalmente al intendente Leighton que les reservase la mejor suite del mejor hotel de Kulai.

—Gracias, Excelencia —Huxley volvió a carraspear muy nervioso—. Disculpeme, esta nueva pregunta. ¿Usted y

Mary-Ann...

no... quiero decir...?

Wolsley tornó a prorrumpir en una estrepitosa carcajada.

—¡Oh, no, no, señor Huxley! A mí no me gustan las mujeres —respondió, divertido—. Lo que usted vio sólo estaba orientado a hacerle sufrir más. Pero usted superó la prueba y ahora todo será distinto. Vaya a verla, señor Huxley: la señorita Davis le espera.

CAPÍTULO IX

Se fundieron en un frenético abrazo. Mary-Ann suspiró entrecortadamente, prietos los bellos brazos alrededor del cuello del hombre. Y luego se besaron como si la vida les fuera en ello.

Enfebrecidos ya, se separaron y
Mary-Ann
se desnudó con urgencia.

No dijeron una sola palabra. ¿Para qué...? Se amaron furiosa y largamente y luego descansaron, felizmente exhaustos, sobre el ancho y lujoso lecho guarnecido con sábanas de fina seda.

Al cabo, relajados los cuerpos y serenados los espíritus,
Mary-Ann
formuló una pregunta.

—¿Qué ocurrió? He hecho miles de preguntas, pero nadie ha querido responderme, informarme. Sólo recuerdo que Olivia Parker me obligó a ponerme de espaldas. Debió golpearme con el astil del arpón en la cabeza y... perdí el sentido.

—¿No recuerdas nada de lo que ocurrió en la playa del acantilado? —inquirió Chuck, asombrado.

—¿Playa, acantilado? No lo sé... Volví en mí hace dos días. Me estaba atendiendo un médico, doctor Simpson dijo que se llamaba. Me reconoció minuciosamente y luego me trajeron aquí. Me han rodeado de comodidades, me han tratado bien, aunque impersonalmente... Pero ya ardía en deseos de saber dónde estabas. Por desgracia, nadie quiso responder a mis preguntas, como ya te he dicho. ¿Qué es lo que ha pasado, Chuck?

—Nos hemos metido en un bonito lío —respondió Chuck. Y por un momento estuvo a punto de callar con el fin de evitar a Mary-Ann
nuevos sufrimientos. Finalmente se decidió a explicárselo todo: era preciso que ella conociera exactamente la situación.

Mary-Ann le oyó hablar en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez. Cuando él terminó de describir la escena del «fusilamiento» y la posterior entrevista con Wolsley, los ojos de la mujer estaban brillantes de lágrimas.

—¡Dios mío, Chuck! ¡Cuánto has debido sufrir, amor mío! —gimió.

Huxley acarició sus mejillas amorosamente.

—Lo peor ha pasado, o eso espero, al menos. Ahora escúchame con atención,

Mary-Ann.

Hemos de fingir por encima de todo. Tenemos que convertirnos en actores, en maestros del fingimiento, si es que algún día queremos salir de aquí con vida. Me repugna llamar «Excelencia» a Wolsley, pero es el único camino para sobrevivir. Prométeme que no te dejarás llevar por tu fogoso espíritu.

—Tú llevas la dirección —asintió ella, sumisa—. Haré lo que tú quieras.

Chuck la besó en la mejilla.

—Bien. Probablemente tendremos que asistir a situaciones horribles. Es preciso evitar que la menor emoción trascienda a nuestros rostros. Dedicaremos toda nuestra atención a observar, a retener hasta el menor detalle del contorno de esta isla, de las características de las instalaciones y de los sistemas de seguridad. Tiene que existir algún fallo, algún error que nos permita escapar. Pero sólo cuando estemos absolutamente seguros de conseguir el éxito nos decidiremos a intentarlo. Creo que han transcurrido unos siete días desde que llegamos a Puerto Vallarúa. Eso quiere decir que Humber no empezará a inquietarse hasta dentro de dos semanas. Esperemos pues.

—Lo que tú digas, Chuck —murmuró ella, apretándose contra el duro cuerpo del hombre.

Los complejos turísticos estaban situados al norte de Kuluai. Las modernísimas instalaciones contaban con todos los refinamientos exigibles: tres hoteles, seis piscinas, pistas de tenis y de golf, salones de baile y espectáculos, salones de belleza, casinos, boleras, canódromos, gimnasios...

En total, el enorme complejo turístico abarcaba, con los jardines y pistas de deportes, una extensión de casi ocho hectáreas.

Huxley advirtió enseguida que el complejo estaba rodeado en todo su perímetro de una alta valla que se electrificaba al anochecer. ¿La función de aquella alambrada? Tenía dos objetos: el primero, impedir que los animales salvajes que pululaban en libertad por la jungla de Kuluai pudieran alcanzar las instalaciones. El segundo, evitar que algún loco de los que servían a Wolsley intentase a la desesperada alcanzar el litoral.

Sopesando todas las posibilidades, era fácil llegar a la conclusión que escapar de Kuluai era prácticamente imposible. Como mínimo habría de disponerse de armas suficientes y de una embarcación muy rápida.

Cualquiera que abrogase la suicida intención de fugarse tropezaría con algunos mortales impedimentos. Estaban, en primer lugar, los policías de Wolsley que vigilaban y patrullaban constantemente el recinto dentro del cual se hallaba el complejo turístico.

Si el fugitivo conseguía eludir tal vigilancia, tendría que superar la valla de más de cuatro metros de altura. (Tanto en el complejo como en el exterior, hombres del «comandante» Hall vigilaban constantemente desde elevadas torretas metálicas, armados de ametralladoras de largo alcance).

En el caso improbable de que el tráfugo consiguiera superar la valla sin ser detectado, tendría que atravesar varios kilómetros infestados de animales salvajes peligrosos: pululaban en libertad docenas de tigres, leones, leopardos, lobos, hienas, panteras, rinocerontes, serpientes... además de cérvidos, jabalíes, búfalos y cebras.

Más allá de la jungla, estaba el océano infinito. Pero en sus aguas bullían centenares o miles de escualos voraces. (Una brigada formada por nativos se encargaba cada día de cebar a los tiburones con enormes pedazos de carne, con lo cual estaba asegurado que los temibles carnívoros del mar permanecerían siempre pegados a las costas de Kuluai).

Por tanto, en caso de que el fugitivo tuviera la increíble suerte de alcanzar el mar indemne, necesitaría imprescindiblemente una buena y rápida embarcación, pues Wolsley disponía de cuatro rapidísimas lanchas torpederas bien artilladas. (Huxley averiguó que estas lanchas se guarecían en una caverna natural, situada en el

borde oriental de Kuluai a la menor señal de alarma provocada por la aparición en el mar de alguna unidad de la Armada yanqui).

Wolsley no sólo era refinado, sino cruel. Pagaba a sus «súbditos» espléndidamente, esto era cierto, pero les mantenía prisioneros en el reducido espacio de ocho hectáreas aunque, eso sí, les rodeaba de las mayores comodidades y refinamientos.

A lo largo de los días, Huxley fue averiguando discretamente muchas cosas importantes. Supo, a través del «comandante» Hall cómo se había producido su fingida ejecución.

—Su Excelencia me preguntó cómo podríamos hacer más «auténtica» la ejecución y yo le brindé la idea. Nueve de los hombres del pelotón llevaban fusiles automáticos normales, aunque los tiros que dispararon eran solamente de fogeo. El restante tirador llevaba un fusil de aire comprimido que dispara una cápsula capaz de anestesiar a un león. Fue eso lo que le produjo la impresión de que un balazo acababa de perforar su pecho y la sensación de que iba a morir fulminantemente, señor Huxley.

—Sencillamente encantador —respondió Chuck, sin poder disimular su aspereza.

De una u otra forma, Huxley consiguió captarse las simpatías del jefe de Seguridad. Se trataba de un coronel expulsado del ejército norteamericano y se llamaba William Harper. Cuando Huxley le dijo que él había prestado servicios en la Inteligencia Militar, Harper se sintió muy interesado. (Seguramente añoraba de algún modo sus años de prestigioso oficial del Ejército yanqui).

Charlaron largamente y el jefe de seguridad abandonó por algún tiempo la rigidez y el hermetismo que le caracterizaban. A Chuck le intrigaba sobremanera el hecho de que los hombres del FBI en Hawái hubieran hallado desierta la isla de Kuluai —a excepción de las fieras—, en una incursión que apenas había tenido lugar diez u once días antes. Y habló en este sentido a William Harper.

Al jefe de seguridad le relucieron los ojos de puro orgullo.

—Voy a confiar en usted, Huxley. De todas formas, no creo que pueda salir de aquí jamás... La idea fue mía. Yo la brindé a Su Excelencia y éste decidió llevarla a la práctica.

—¿De qué se trataba?

—Descubrimos unas galerías excavadas por las aguas que descendían a gran profundidad en el subsuelo. Las exploramos y

localizamos una caverna de proporciones colosales a unos noventa metros de profundidad. ¿Qué mejor refugio que éste? Con la ayuda técnica de un ingeniero, diseñamos el refugio, dotado de almacenes de víveres y agua suficiente e incluso un sistema de aireación. Cuando estábamos llevando a cabo las obras, descubrimos una estrecha galería que desembocaba en el acantilado a unos diez metros bajo la superficie del mar —describió Harper, dominado por la excitación.

—¡Es... inconcebible! —alabó Huxley.

—Sí. Porque esta salida al mar suponía una vía de emergencia para escapar en caso de peligro. La galería era muy estrecha y tuvimos que ensancharla. En su desembocadura construimos una cala artificial capaz de albergar un submarino de bolsillo que permitiría fácilmente la huida a ocho o diez personas...

—Ocho o diez personas... Es decir, Wolsley y los esbirros de mayor confianza. ¿Y los demás? Era lógico suponer que Su Excelencia los dejaría abandonados a su suerte, según imaginó Huxley.

Pero el jefe de seguridad seguía hablando y hablando sin cesar de su «obra maestra».

—Construimos un túnel suficientemente ancho para instalar en su interior un montacargas autopropulsado. ¿Ve la pista de tenis? Cuando nuestros equipos de radar nos advierten de presencias indeseables, todo está dispuesto en esta mini ciudad para evacuar. Se detienen los electro-generadores, quedan fuera de servicio todos los sistemas y la población se dirige a la pista de tenis, cuyo piso de hierba se divide en dos mitades y permite el acceso rápido al montacargas. Desde el refugio, podemos ir siguiendo paso a paso las andanzas de los intrusos a través de las cámaras de televisión camufladas en los edificios y situadas en puntos de la jungla, perfectamente enmascaradas. Cuando se marchan termina la alarma y volvemos a la superficie. Dígame, Huxley, ¿qué le parece la idea? —terminó Harper, vanidoso.

—Sencillamente admirable, coronel —respondió Chuck. Y Harper sonrió, halagado. Pero la sonrisa se borró de sus labios cuando Huxley dijo en voz baja—: dígame, coronel, ¿no se expone demasiado confiándose a un tipo como yo? ¿Cree que Wolsley pasaría por alto su indiscreción? La existencia de ese refugio con su

salida de emergencia parece un secreto de gran envergadura.

El jefe de seguridad palideció. E inconscientemente su mano derecha se apoyó en la funda de su pistola automática.

—Sí, temo que me he comportado tontamente —pronunció con voz fría—. Sin embargo, estoy seguro de que usted no hablará a Su Excelencia de esto, ¿verdad? Tenga en cuenta una cosa, Huxley: estoy facultado para disparar contra cualquiera sin necesidad de explicar las razones que me impulsaron a hacerlo. Si llegase a tener la mínima sospecha de que usted había traicionado mi confianza, no dudaría en matarle.

Huxley disimuló su turbación con una forzada sonrisa.

—¿Cómo puede imaginar tal cosa? Somos viejos camaradas de armas y, por otra parte, si se produjese una alarma, imagino que llegaría a conocer por mí mismo la existencia de ese fabuloso refugio, ¿no cree?

La tensión de Harper cedió.

—Sí, eso creo yo también. De todas formas, sea discreto y olvide cuanto le he dicho. Es un buen consejo, Huxley.

—De acuerdo, coronel. No tema. Lo olvidaré —respondió Chuck. Y Harper se alejó caminando rígidamente.

Bien. Poco a poco, Huxley iba encontrando explicación para muchas cosas.

Sin embargo, todavía seguían bullendo en su cerebro preguntas que hasta la fecha no habían hallado respuesta.

Una de las cuestiones que más apasionaba era la longevidad de Stanley Wolsley. ¿Cómo un hombre de ciento siete años poseía la vitalidad de otro de cuarenta...? Sólo una persona podría, quizá, aclarar aquel extremo: el doctor Charles Simpson.

Si quería satisfacer su curiosidad debería conquistar la confianza del médico. Para ello acudió a su consulta con la disculpa de comprobar si la herida en su pecho se había cicatrizado. Pero Simpson era un hombre excesivamente adusto y hermético y Huxley no pudo obtener de él otra cosa que la seguridad de que la herida estaba en perfecto estado.

¿Cómo abordarle? Huxley entrevió la posibilidad cuando advirtió que el médico disputaba diariamente uno o dos partidos de tenis.

Tenía un gran estilo con la raqueta en la mano y jugaba

decididamente bien, de forma que en la isla había pocas personas que pudieran competir con él. Huxley había sido campeón universitario de tenis y jamás había dejado de practicar asiduamente tal deporte...

La ocasión se la brindó el propio Simpson. Huxley y su compañera solían acudir cada mañana a la pista para ver jugar al médico. Aquella mañana, Simpson derrotó claramente al comandante Hall en la primera partida. Como quiera que el médico apenas se sentía fatigado, miró a Huxley y le gritó:

—¡Eh, señor Huxley! ¿Le gustaría ocupar el lugar del comandante Hall? Le he visto acudir aquí cada mañana, lo que me hace suponer que es usted un aficionado a este deporte.

—En efecto, me encantaría jugar un rato con usted. Si me espera iré a cambiarme.

—Vaya. Le espero.

Fue una entretenida partida, en la que Huxley no se empleó a fondo con la intención de no exasperar al médico. Pero cuando terminó el juego con la victoria de Simpson por escasa diferencia de puntos, el médico estrechó la mano de Huxley por encima de la red y exclamó, jadeante:

—Me ha obligado a emplearme a fondo, señor Huxley. ¿De veras es usted un simple aficionado? De todas formas, le bastaría venir aquí todas las mañanas para encontrarse en plena forma.

—Me encantaría. Usted es un gran jugador, doctor. Vendré a jugar con usted cada mañana, si no le importa.

—Magnífico. Empezaba a aburrirme. Habrá observado que son pocos los contrincantes con posibilidades de ganarme —respondió el médico.

Huxley volvió las mañanas siguientes a la pista de tenis. Poco a poco, con gran tacto y habilidad, consiguió que el hermético Simpson le tratase con más confianza. De todas formas, Chuck no quería forzar las cosas para no dar un paso en falso.

Algunos días después, Chuck decidió tomar una copa en el mismo bar del Sun Hotel. Eran las once de la noche y la barra estaba llena de hombres y mujeres que ahogaban sus remordimientos o problemas en alcohol.

Y una de ellas era precisamente el doctor Simpson. Huxley quedó asombrado: ¿qué se había hecho del impecable deportista

que era Charles Simpson?

Pidió un combinado en la barra y con un cigarrillo en los labios se hizo el encontradizo con Simpson, que ocupaba una mesita aislada junto al ventanal. El pulso del médico tembló cuando se llevó su vaso de ginebra a los labios. Luego alzó los ojos y descubrió a Chuck.

—¡Ah, señor Huxley! Buenas noches. ¿Quiere sentarse?

—Encantado... si es que no le molesto.

Bebieron en silencio. Las facciones del médico aparecían deformadas y tensas por el exceso de alcohol.

—Se sorprende, ¿no es cierto? —exclamó Simpson, de repente.

—¿Por qué, porque le he visto tomar una copa? Yo estoy haciendo otro tanto.

—No es eso, Chuck. Yo estoy borracho. He bebido brutalmente, lo confieso. Y lo he hecho para acallar mis remordimientos... Verá, Huxley, no puedo olvidar que abandoné a mi esposa y a mi hija con el único fin de ganar dinero junto a Wolsley...

De un tirón, Simpson se sinceró con Huxley. Había sido muy feliz con Stella, su esposa, pero era un hombre sin voluntad: cuando nació Nancy, su hija, subnormal, Charles Simpson se desmoronó. Wolsley le había enviado uno de sus agentes con una espléndida propuesta: tres millones de dólares anuales.

—Fui cobarde. Entre pasar escaseces y atender a una hija subnormal y ganar una fortuna en algún lugar lejano, opté por la segunda solución. Y las abandoné. Ahora tengo mucho dinero, pero soy profundamente desgraciado. No puedo olvidar a Stella y a la pequeña Nancy...

—¿Por qué no vuelve con ellas? Seguro que le perdonarían, que le recibirían con los brazos abiertos —dijo Huxley, atento.

—¿Volver? Eso es imposible. Wolsley no rescindiré jamás mi contrato. Mucho me temo que las personas que llegan a Kuluai jamás salgan de aquí —se lamentó Simpson.

—Pero hubo una persona que consiguió escapar...

—¿Se refiere a la infeliz Lois Cardiff? El anterior jefe de seguridad, Jones, se encaprichó de la chica, tuvo un momento de debilidad y le facilitó la huida en una canoa. Posiblemente la huida de esa jovencita hubiera pasado desapercibida si no hubiera robado uno de los filmes que Wolsley acostumbra a rodar personalmente.

Lo cierto es que Su Excelencia descubrió la falta de ese rollo de película y averiguó la verdad. No sé si sabe lo que le ocurrió a Jones, pero lo de Lois Cardiff fue peor. Aunque volvió a Estados Unidos, no consiguió escapar a las zarpas de Stanley Wolsley.

—¿Qué ocurrió?

—Wolsley envió tras ella a sus mejores agentes. Fue fácil; sorprendieron a la chica cuando se disponía a hacer compras. La secuestraron y la trajeron aquí. Wolsley no pudo recuperar su rollo de celuloide y esto le exasperó casi hasta la demencia. Ordenó a sus esbirros que tomaran a Lois al anochecer y la sacaran del recinto. Colgaron a la infeliz muchacha de un árbol, a poco más de un metro de altura y esperaron, perfectamente protegidos en un furgón, a que acudieran las fieras. Debió ser horrible, porque del pobre cuerpo no quedaron ni los huesos: las hienas se ocuparon de sus restos. A la luz de la luna, Wolsley estuvo filmando la escena.

Oyendo a Simpson, Chuck advirtió que su piel se convertía en carne de gallina.

CAPÍTULO X

Simpson hizo una pausa y Huxley calló, aterrado.

Sólo al cabo de unos minutos y después de probar un largo sorbo de su vaso, exclamó:

—¡Pero ese engendro, Wolsley, es algo más que un loco peligroso! ¡Es un ser sin entrañas, una verdadera fiera dañina...!

Simpson le impuso silencio con un gesto enérgico.

—Baje la voz si no quiere complicarse la existencia y complicármela a mí —rogó. Y agregó en voz baja y contenida—: Desde luego, tiene usted razón: Wolsley es un desequilibrado más peligroso que una serpiente de cascabel. Creo que su locura debió desencadenarse poco después de que el doctor Kyril Peacescu le sometiera a un tratamiento especial.

—¡Peacescu! ¿No era un médico rumano?

—Sí. Sus colegas le tenían por loco, pues aseguraba que mediante su tratamiento era capaz de prolongar la vida de los ancianos por largo espacio de tiempo. La verdad es que alcanzó enorme prestigio como geriatra. Cuando tenía unos setenta y dos años, Wolsley desapareció de Estados Unidos misteriosamente. En realidad, había decidido ponerse en manos de Peacescu y esperaba verse libre de sus lógicos achaques, aunque para ello tuviera que gastar el dinero a montones.

—¿Le contó esto el propio Wolsley? —quiso saber Huxley.

—No. Guardaba un historial clínico en sus habitaciones y yo tuve acceso a él sin que Wolsley lo advirtiera.

—Así pues, el tratamiento del doctor Peacescu tuvo éxito. Wolsley debería tener ciento siete años, que indudablemente no representa.

—En efecto. Peacescu le trató durante seis meses y los resultados no se hicieron notar. Pero Wolsley no se conformaba con ser un anciano saludable... Albergaba ya la loca idea de que un

tratamiento más intenso podía devolverle poco menos que a la juventud y presionó a Peacescu para que aumentase la dosis y la intensidad de las drogas que el rumano le administraba.

—Imagino que Peacescu no tuvo más remedio que aceptar.

—Previno a Wolsley del peligro que entrañaba intentar mejores resultados y le advirtió que podría sufrir cambios metabólicos y anormalidades glandulares adversas, pero Wolsley estaba obcecado y no atendió sus razones. Lo que Peacescu había profetizado se cumplió; el prolongado tratamiento convirtió a Wolsley en la especie de monstruo que usted conoce: se le cayó el cabello y cualquier pilosidad de su cuerpo, engordó como un paquidermo y, lo que es más grave, se convirtió en un impotente.

Simpson apuró su ginebra de un trago.

Esto para Wolsley suponía un auténtico drama: si de algo había estado siempre orgulloso era precisamente de su prolongada potencia sexual. Supongo que enfrentarse con la realidad trastornó sus facultades mentales. Como consecuencia de ello se transformó en un misógino. Su odio hacia las mujeres le llevó a secuestrar jovencitas y a someterlas a aberraciones sin límite. En cuanto a Peacescu...

—Dígame.

—Cuando Wolsley comprendió que su transformación física era irreversible, estranguló al rumano con sus propias manos.

—¿Cómo lo sabe?

—Él mismo lo describió en uno de sus diarios. Me arriesgué mucho cuando, hace poco más de un año, registré su caja fuerte —respondió Simpson.

El médico de Kuluai miró tristemente el fondo vacío de su vaso y luego elevó los ojos a Huxley.

—¿Comprende ahora por qué, de vez en cuando, me emborracho concienzudamente? Tengo la certeza de que nunca conseguiré escapar de aquí. Soñar con volver junto a Stella y Nancy es descabellado —agregó.

Muy impresionado, Huxley tardó en hablar.

—Pero si ustedes dependen de un loco, de un criminal como Wolsley, un día u otro les llevará a la catástrofe. ¿Por qué no se unen y se rebelan contra él? —susurró.

—Es el miedo, el terror que Wolsley ha logrado crear en

nuestras mentes. Por otra parte, la mayoría de los que reciben una paga mensual de manos de Wolsley son aventureros o fugitivos buscados en los cinco continentes. En Kuluai se sienten a salvo. Él les provee de manjares, bebidas, mujeres y dinero a manos llenas. La mayoría de ellos jamás se rebelarían contra el cacique —respondió Simpson, desesperado.

—De todas formas, debe haber un medio de deshacerse de él, aunque sea un atentado contra su persona. Sé que Wolsley controla personalmente los sistemas de seguridad de la isla, de modo que el que consiguiese anularle, tendría muchas posibilidades de escapar —insinuó Huxley.

—No lo intente, si no quiere morir estúpidamente. ¿No ha visto que Wolsley se hace acompañar constantemente por un gigantesco gorila? Wolsley le mantiene sujeto con una cadena muy resistente, pero le bastaría oprimir el botón del mando a distancia que siempre tiene a mano para que Groonch quede en libertad. Puedo asegurarle que es una fiera temible: hace unos meses arrancó literalmente de cuajo el brazo de un joven que se atrevió a tocar a su amo. En lugar de avisar al servicio de seguridad para que detuvieran o redujeran al gorila, Wolsley contempló indiferente cómo el animal destrozaba de una dentellada la garganta de aquel infeliz. No, señor Huxley, no seré yo quien atente contra ese loco —la expresión de Simpson se hizo más adusta—. Y ahora, por favor, márchese y permítame seguir emborrachándome —exigió.

Huxley dejó su vaso sobre la mesa y se puso en pie.

—Buenas noches, doctor Simpson. Lamento haberle molestado —se disculpó.

Pero el médico no contestó. Había vuelto a dejarse ganar por la apatía y la desesperación.

CAPÍTULO XI

Tenía la íntima sensación de ser vigilado constantemente. A menudo se volvía de repente para sorprender al probable espía, aunque nunca advertía una mirada sospechosa posada en él.

De todas formas, no era necesario que Wolsley le pusiera un seguidor a los talones. En los puntos más elevados, y perfectamente inaccesibles, se encontraban situadas docenas de cámaras de televisión que enviaban imágenes de todos los rincones del complejo a la central del servicio de seguridad, donde cuatro policías prestaban servicio permanente.

A pesar de que se esforzaba en controlar sus sentimientos, Huxley comenzaba a sentirse nervioso: habían transcurrido diez días desde que el cacique le concediese una entrevista en el salón del «trono», pero desde entonces Wolsley no había vuelto a llamarle. La verdad es que Huxley tenía libertad de movimientos, al igual que

Mary-Ann,

pero no lograba evitar aquella molesta sensación de que era constantemente observado.

¿Era eso lo que se proponía hacer el monstruoso Wolsley? ¿Observarle hasta estar seguro de que podría confiar en él...?

Chuck no había ocultado a

Mary-Ann

la horrible suerte de Lois Cardiff. En principio, ella había reaccionado con cólera e indignación, pero después había caído en un estado de melancolía que la mantenía en un letargo de indiferencia. Cada vez más preocupado por esto, Huxley se esforzaba en encontrar una solución para poner fin a su encierro.

Había conseguido averiguar la ubicación de los electrogeneradores que surtían de fuerza eléctrica al Dominio Wolsley: estaban situados en un sótano, próximos a los almacenes edificados

en una colina próxima. Un mecánico se ocupaba de su constante funcionamiento y uno de los policías del comandante Hall vigilaba en una pequeña pieza situada en la escalera de acceso.

Huxley había esbozado un plan para él y para Mary-Ann:

si lograba poner fuera de servicio los dos enormes generadores, el Dominio Huxley quedaría de noche en tinieblas y la valla metálica no supondría ya un seguro peligro de muerte.

Lo verdaderamente difícil sería llegar hasta la escalera de acceso sin ser interceptado, pues al oscurecer el complejo lucía como un ascua a base de centenares de grandes lámparas de vapor de mercurio que iluminaban claramente el menor rincón de las instalaciones.

Tendría que esperar una ocasión propicia. Y entonces debería jugárselo todo a una carta. No ignoraba Huxley que el fracaso significaría la muerte para él y para

Mary-Ann

o incluso algo peor que la misma muerte, si se tenían en cuenta los perversos sentimientos de Stanley Wolsley.

Aquella misma noche encontró al doctor Simpson en el bar del Sun Hotel. Como en la ocasión anterior, el médico había estado emborrachándose a conciencia y ocupaba su mesa preferida con un gran vaso de ginebra helada a su alcance.

Como no sabía si su presencia sería aceptada de buen grado por el atormentado Simpson, Huxley optó por beber a solas en un extremo de la sinuosa barra.

Sin embargo, y para su sorpresa, fue el propio médico quien le hizo una seña invitándole a acercarse.

—Siento no haber acudido a la pista de tenis esta mañana —se disculpó el médico—. Pero mi estado de ánimo no era el más idóneo para concentrarme en el juego. ¿Quiere sentarse?

Chuck obedeció. De reojo, estudió el semblante de Simpson y le halló desacostumbradamente tenso.

—De alguna forma, usted me inspira confianza y simpatía, Huxley. Por eso quiero prevenirle —dijo, sin mover los labios apenas.

—¿De qué se trata? —preguntó Chuck en el mismo tono de voz.

—El comandante Hall vino a verme a mi despacho. Parecía muy

animado y tras algunos rodeos me confió que Su Excelencia preparaba una diversión para todos, algo que Hall llamó «lotería especial».

—¿Y en qué consiste esa apasionante lotería? —preguntó Chuck, irónico.

El semblante de Simpson se ensombreció aún más.

—No debería burlarse, amigo mío. Las «invenciones» de Wolsley suelen resultar siempre escalofrantes. Como en este caso. He aquí su idea: Wolsley dará un número a cada una de las mujeres que viven en el Dominio. Luego introducirá en un recipiente una cantidad igual de papeletas numeradas. La «gracia» está en que Groonch escogerá una de ellas. La mujer cuyo número coincida con el que extraiga el gorila, será introducida en la jaula de éste al anochecer y sólo se le permitirá salir al amanecer.

Huxley se alzó de un respingo.

—¡Dios santo! —exclamó aterrado—. ¿Y ustedes van a permitir que ese sádico engendro lleve a cabo tal monstruosidad?

—¡Siéntese! —ordenó enérgicamente Simpson—. Le están observando. Será mejor que controle sus reacciones, Huxley.

Chuck se dejó caer, exhausto, sobre su asiento. Pensaba en Mary-Ann

y el diabólico invento de Wolsley. ¿Qué ocurriría si el gorila extraía la papeleta de su compañera...?

Inmediatamente Chuck notó que sus sienes zumbaban y que un horrible dolor de cabeza paralizaba sus pensamientos.

—Cálmese —rogó el médico con voz suave—. No debe alterarse demasiado. A fin de cuentas, tal vez salga otro número.

—¿Cómo puede expresarse con tal indiferencia? —gimió Chuck—. ¿Es que no tiene sangre en las venas? ¿Qué pensaría si su esposa o su hija fueran entregadas al gorila? ¿Se quedaría tan tranquilo?

Simpson parpadeó, aturdido.

—Soy un hombre práctico, por encima de todo, Huxley. Oponerse a Wolsley significaría la muerte. ¿De qué valdríamos muertos?

Tenía razón, aunque para Chuck resultase penoso aceptarlo.

El malestar que experimentaba Huxley iba en aumento. No hacía sino pensar en la suerte de la adorable Mary-Ann.

Y la sangre se le enfriaba en las venas considerando que...

—¿Cuándo piensa Wolsley llevar a cabo esa cruel pantomima? —preguntó al cabo.

—Mañana —respondió el médico. Y agregó—: adivino que usted intentará la fuga, antes o después. Por eso le he avisado. Si de todas formas piensa arriesgarse...

Huxley trató de poner en orden sus ideas. Luego apuró su cóctel de un trago y se puso en pie.

—Buenas noches, doctor Simpson. De todas formas, le agradezco que haya confiado en mí.

—Buenas noches, Huxley. No crea que ha sido agradable para mí hablarle de ese asunto. Le deseo suerte.

Dominado por la desesperación, Chuck Huxley se separó del doctor Simpson.

Fue un día de terrible tensión.

Chuck nada había dicho a su compañera acerca de la «lotería especial». ¿Para qué atormentarla innecesariamente? Sin embargo, no pudo evitar prevenirla.

—No te muevas de estas habitaciones y permanece atenta. Es posible que se produzcan acontecimientos.

Mary-Ann no hizo ningún comentario, pero le vio ir con expresión preocupada.

En el exterior, Chuck caminó a buen paso hacia la colina donde se encontraban los almacenes, los depósitos de agua potable y los electro-generadores.

Se sentía intensamente angustiado: su plan no tenía pies ni cabeza. Para intentarlo era preciso esperar a la noche. Y cuando llegase la noche, ya habría tenido lugar el «sorteo especial».

No probó bocado en todo el día. Obsesionado, paseaba constantemente, desde la pista de tenis al canódromo y desde allí a la enorme piscina olímpica del Midday Hotel, uno de los edificios más bellos del complejo.

Hacia el atardecer se dirigió a sus habitaciones del Sun Hotel. Estaba dispuesto a dejarse matar antes de permitir que sacasen a Mary-Ann de la *suite*-emperador.

En el fastuoso vestíbulo dos policías le cortaron el paso.

—Tiene que venir con nosotros, señor Huxley. Su Excelencia le

espera —dijo uno de ellos.

No había posibilidad de alcanzar la escalera o los ascensores, pues los dos fornidos individuos se interponían ante él formando un sólido obstáculo.

Por un instante pensó si no se trataría de una treta de Wolsley para impedirle intervenir en defensa de Mary-Ann.

De todas formas, no había elección.

—¿Qué espera? Salga —le ordenaron.

Le trasladaron en un *jeep* descubierto a la residencia de Wolsley. Cuando penetraban en el vestíbulo vigilado por guardias fuertemente armados, se cruzaron con dos individuos corpulentos que portaban una camilla.

Chuck vio un enorme bulto peludo y... comprendió, estupefacto, que se trataba del gorila.

Debía estar muerto o malherido, porque gruesos goterones de sangre caían al suelo desde la empapada lona de la camilla.

Chuck se detuvo, paralizado por la sorpresa. Uno de los policías le empujó sin brusquedad y siguieron adelante hasta que alcanzaron el brillante y largo pasillo que Huxley había conocido con anterioridad. Allí aguardaba el atildado Paul Whithman, quien despidió a los policías y le invitó:

—Sígame. Su Excelencia le espera.

Chuck le miró con desprecio, pero obedeció. La verdad era que odiaba a aquel individuo desde que se prestase a llevar a cabo la pantomima que tuvo lugar en su celda de «condenado a muerte».

Simpson le había hablado acerca de Whithman. Se trataba de un mediocre actor de Los Ángeles, homosexual, a quien Wolsley había contratado para divertirse con sus bufonadas.

El cacique le recibió un momento después en el salón del «trono». Al ver que Huxley contemplaba entre asustado y asombrado la enorme mancha de sangre que se extendía junto a los primeros peldaños del estrado de mármol verde, dijo:

—¿Impresionado, señor Huxley? No tema, sólo se trata de la sangre de un animal. Vendrán a limpiarla dentro de unos minutos.

—¿Groonch? —preguntó Chuck sin poder contenerse.

Wolsley sonrió perversamente.

—En efecto. Un animal desagradecido. Le tenía preparada una

verdadera fiesta, pero se negó a dejarse llevar a la jaula por uno de sus cuidadores. Le ordené que obedeciera y se abalanzó, rugiendo, contra mí. Estuvo a punto de matarme... Por fortuna, el cuidador de mi gorila lleva siempre a mano un puñal de considerables proporciones. Tuvo tiempo de saltar a la espalda de Groonch y le... degolló —explicó.

Huxley tragó saliva. De modo que se había perdido la más hermosa oportunidad de que el mundo se librara de un degenerado como Wolsley... Fervientemente Chuck deseó en su fuero interno que el gorila hubiese destrozado de una dentellada el casi inexistente cuello de aquel obeso monstruo.

—Pero siéntese —le invitó Wolsley—. Tengo buenas noticias para usted, señor Huxley: he decidido encomendarle la redacción y supervisión del Código Wolsley. ¿Se siente capacitado para esta tarea?

—Eso espero, Excelencia —respondió Chuck.

—Señor Whithman —llamó entonces el cacique—, entregue mis manuscritos al señor Huxley. Y usted póngase a trabajar enseguida. Quiero un texto conciso y claro. En cuanto tenga escrito el borrador, envíeme una copia. Yo haré las anotaciones o rectificaciones que crea necesarias.

—Muy bien, Excelencia.

Tomó un grueso legajo de manos de Whithman e interrogó con la mirada a Wolsley. Pero el cacique había dejado de prestarle atención: contemplaba ensimismado el gran charco de sangre que comenzaba a coagularse.

Precedido por Whithman, Chuck abandonó el salón del «trono». Ya en el pasillo, Whithman se detuvo y dejó escapar una risita.

—Ha tenido mucha suerte, señor Huxley —susurró, sarcástico.

—No sé a qué se refiere —respondió Chuck, cauto.

—A la muerte de Groonch. No sé si usted estaba al tanto: Su Excelencia estaba ocupado esta tarde en buscar una compañera para su gorila. Y en el sorteo fue extraído el número que correspondía a la señorita Davis —respondió Whithman, sonriendo aviesamente.

Chuck notó que un escalofrío recorría su espalda. No respondió al afeminado Whithman, pero cuando se encaminaba hacia el Sun Hotel no pudo reprimir un pensamiento de agradecimiento a la Providencia.

—Al menos, por esta noche dormiremos tranquilos —se dijo.

CAPÍTULO XII

Mary-Ann le despertó con un leve beso en los labios. Parpadeó, gruñó algo entre dientes y abrazó apasionadamente a la mujer.

«Gracias a Dios —pensó Huxley—. La tengo conmigo, es mía y... estamos indemnes».

—Has tenido un sueño muy agitado —dijo ella, con dulzura—. Soñabas algo horrible acerca de cierto sorteo y un gorila. Tal vez bebiste demasiado anoche y tu estómago se alborotó.

Chuck se pasó una mano por los ojos.

—Sí, debió ser eso —dijo. Y volvió a besarla.

Se enardecieron enseguida y ambos se dejaron llevar por la pasión ardientemente.

A pesar de las adversas circunstancias, Chuck se sentía extrañamente contento. Quizá se debiera a haber observado que su compañera parecía haber superado el trauma que le produjera la noticia del terrible fin de Lois Cardiff. O al luminoso sol que penetraba a través de las sutiles cortinas. O la seguridad de que, por el momento, contaba con la confianza del peligroso Stanley Wolsley. Después de bañarse y desayunar, Chuck decidió echar una ojeada al legajo que contenía el «Código Wolsley».

Nada más leer las primeras líneas comprendió que aquélla era la obra de un desquiciado, de un enfermo mental peligroso.

Wolsley definía como delitos acciones tales como dirigirse de palabra a él sin haber sido invitado a hablar o expresarse en su presencia sin añadir el tratamiento «Excelencia».

Las penas que merecían tales «delitos» no podían ser más peregrinas: desde el emparedamiento hasta la picota, situando al «reo» absolutamente desnudo a la vista de todos.

—Loco, está rematadamente loco —murmuró entre dientes Chuck, repasando aquella sarta de insensateces.

De todas formas, tenía la seguridad de que tanto

Mary-Ann

como él serían respetados si se plegaba a los caprichos del cacique. Y por el momento, lo que tenía que hacer era redactar aquel grotesco y cruel código.

Llamó a un camarero poco después y le pidió una máquina de escribir, petición que fue atendida en el acto. Chuck se puso a escribir enseguida. A veces, transcribiendo y dando forma a lo que Wolsley había escrito, no podía contener una sonrisa sarcástica.

Estuvo trabajando durante todo el día y parte del siguiente. Poco después del mediodía, enviaba una copia mecanografiada del «Código» a Stanley Wolsley.

Aquella tarde,

Mary-Ann

y Chuck salieron a dar un paseo tras el prolongado encierro en sus habitaciones del hotel. Más allá del Midday Hotel y en una explanada herbosa, un gigantesco *bull-dozzer* estaba llevando a cabo una excavación de grandes proporciones.

Chuck contempló, ensimismado, los trabajos de la pesada máquina.

—¿Qué se pondrán hacer ahí? —comentó la guapa

Mary-Ann,

curiosa.

—No lo sé. Tal vez una nueva piscina... para llenarla de tiburones, pirañas o cocodrilos. Tratándose de Wolsley, nunca se sabe —respondió él, sarcástico.

Mary-Ann se estremeció.

—No sé cómo tienes ganas de bromear, Chuck. Todo esto es horrible. Créeme que estoy arrepentida de haberte arrastrado locamente hasta este lugar —murmuró, trémula de angustia.

Chuck la oprimió cariñosamente los hombros.

—Tú no tienes la culpa. Yo soy tan loco como tú. Esperemos, tal vez se presente la oportunidad de huir. De momento, estamos fuera de peligro.

Volvieron al hotel antes de que se hiciera de noche. En cuanto estuvieron en la *suite*, oyeron zumbir el teléfono.

Una profunda arruga de incertidumbre se marcó en el entrecejo de Huxley cuando oyó la voz de Whithman que le anunciaba que Su Excelencia deseaba hablar con él.

Pero no había motivos para preocuparse.

—¡Magnífico trabajo, señor Huxley! —habló Wolsley, excitado—. Su redacción es pulcra y limpia. Bien, he hecho algunas anotaciones complementarias que se me han ido ocurriendo sobre la marcha. Redacte una copia nueva a partir de mis correcciones, que le enviaré mañana mismo, y devuélvame el original definitivo en cuanto lo tenga listo, señor Huxley, estoy muy satisfecho de su trabajo.

—Lo celebro, Excelencia —respondió Chuck con inflexión en la voz.

—Enviaré el original a la imprenta enseguida. Pienso encargar una edición esmeradísima, a todo lujo, y regalaré un ejemplar a cada uno de los integrantes del Dominio Wolsley. Es justo que todos conozcan mis leyes antes de transgredirlas —agregó el cacique.

—Bien, Excelencia.

—Les enviaré un pequeño regalo, señor Huxley. Como muestra de mi agradecimiento —dijo Wolsley. Y colgó.

El regalo llegó al día siguiente, junto con la copia del «Código». Se trataba de dos soberbios encendedores a gas en platino y rubíes. Uno llevaba grabadas las iniciales de Huxley y el otro las de Mary-Ann

Davis, que acogió la costosa joya con escepticismo.

Durante el resto del día, Chuck trabajó duramente en la confección definitiva del grotesco «Código Wolsley». Repasándolo, Huxley llegó a la conclusión de que ni el mismo Marqués de Sade hubiera podido elucubrar ideas más tortuosas.

Tras la cena, descendió al bar del hotel. Estaba ansioso por ponerse en contacto con el doctor Simpson, al que encontró en la mesa de costumbre, concienzudamente atiborrado de ginebra holandesa.

Antes de comenzar a hablar, Chuck sacó un cigarrillo y lo encendió con el soberbio encendedor que le regalase Wolsley.

—¿Ha visto? Me lo ha regalado Su Excelencia en agradecimiento por la redacción de su «Código» —comentó Chuck.

Una lucecita de alarma brilló en los ojos grises del doctor Simpson.

—Un magnífico regalo, en efecto —dijo el médico en voz alta. Y tomó el mechero de Chuck y lo enterró profundamente en el

húmedo mantillo de la maceta situada al alcance de su mano.

—Pero... ¿qué hace? —exclamó Chuck, estupefacto. Pero Simpson le impuso silencio con un enérgico gesto. Seguidamente el médico tomó su vaso, se puso en pie y le invitó a seguirle sin pronunciar una sola palabra.

Caminaron con los vasos en las manos hasta una ruidosa gramola situada en el lugar más alejado de la barra. Y ya allí, Simpson dijo:

—Ha estado a punto de cometer una equivocación e trascendentales consecuencias, amigo mío. Si hubiera hablado algo inconveniente, Wolsley lo hubiera sabido al momento.

Chuck entornó los ojos.

—¿El mechero? —preguntó.

—En efecto. Empecé a sospechar a mediodía cuando almorcé en compañía del comandante Hall. También él tenía un mechero similar. Y yo mismo recibí uno esta mañana. Logré averiguar que Wolsley ha hecho idéntico regalo a todos los hombres y mujeres contratados por él. Y eso me dio que pensar. De modo que logré desmontar mi encendedor y encontré lo que había imaginado: una pequeña micro radio. ¿Entiende ahora lo sinuoso del carácter de Wolsley? Mediante un regalo de incuestionable valor consigue mantenernos a todos controlados.

Chuck tragó saliva. ¿Qué hubiera ocurrido si en compañía de Simpson o de

Mary-Ann

hubiera expresado sus más sinceros pensamientos acerca de Wolsley en voz alta?

—¿Qué ha hecho con su mechero, doctor? —preguntó, cuando logró superar el nerviosismo.

—Lo he guardado entre algodones, en lo más profundo de uno de los armarios de mi consulta. Bien... En lo que respecta a mí, el regalito de Wolsley no surtirá el menor efecto. Le aconsejo que haga otro tanto con su encendedor.

—¿Y los otros? —preguntó Huxley, alarmado—. Lo más ético sería avisarles de que, en realidad, tienen un oído de Wolsley metido en su bolsillo. Pero no pienso arriesgarme. Tanto Hall como era el coronel Harper se apresurarían a poner al corriente a su amo y los efectos serían desastrosos. No... Dejemos que los lobos se

muerdan entre sí. Será mejor para nosotros.

Aunque la proposición fuera cruel, Chuck hubo de aceptar que Simpson tenía razón.

—No tardaremos en comprobar el efecto de los pequeños espías de platino y brillantes —añadió el médico—. Chuck, recoja usted su mechero de entre el mantillo de esa maceta y guárdelo en un lugar seguro. Es un buen consejo.

—Así lo haré —respondió Huxley cuando volvían hacia la mesa—. A propósito, doctor: he visto que están llevando a cabo unas excavaciones a espaldas del Midday Hotel. ¿Sabe algo acerca de ese asunto?

Simpson movió la cabeza indeciso.

—Sondeé a Harper con el fin de averiguarlo, pero el coronel dijo que no estaba al tanto. Algo en su expresión, sin embargo, me hizo sospechar que Wolsley prepara alguna de sus diabólicas ideas. No sé... Esperemos.

Chuck se mostró impaciente.

—¿Qué le ocurre? —indagó el médico, interesado.

—Debo marcharme. Mary-Ann ignora el significado del encendedor que guarda en su bolso. Debo prevenirla cuanto antes —respondió el abogado.

—Tiene razón. Yo también me marcharé ya. Buenas noches, Huxley.

—Buenas noches, doctor.

En cuanto alcanzó su *suite*, Chuck penetró en el dormitorio, buscó el bolso de

Mary-Ann,

sacó el mechero, lo apretó en su mano y... lo puso bajo el chorro de agua fría del lavabo. Y seguidamente hizo otro tanto con el suyo. Después guardó ambas joyas en una toalla perfectamente enrollada y las puso en un armario bajo una docena de sábanas limpias.

Mary-Ann, que había seguido todos sus movimientos muy sorprendida, le interrogó con la mirada. Pero Chuck no habló hasta que ambos estuvieron en la cama. Allí, en un quedo susurro, le explicó cuánto había oído de labios del doctor Simpson. Y oyéndote, ella se demudó.

Aquella noche,

Mary-Ann

tardó muchas horas en poder conciliar el sueño.

CAPÍTULO XIII

Dos días después, Chuck comprobó que las obras de la explanada del Midday Hotel estaban muy avanzadas. La construcción de hormigón podía tomarse por un proyecto de piscina: una cavidad circular de unos quince metros de diámetro por cuatro de profundidad. Sólo que la cavidad estaba dividida al medio por un estrecho muro de hormigón.

Ya en la superficie, los obreros estaban trabajando en el encofrado de dos gradas enfrentadas. Contemplando absorto el conjunto, Huxley comprobó que la construcción podría tomarse por una especie de coliseo romano a escala reducida.

¿Un auditorio al aire libre? En tal caso, ¿para qué el foso circular dividido al medio...?

Chuck tuvo un presentimiento, un mal augurio que había de verse refrendado pocos días después.

Ocupado en dar fin a la redacción del «Código», Chuck apenas salía del hotel y no estaba muy al tanto de lo que ocurría en el Dominio Wolsley. Pero cuando aquella noche se reunió con Simpson en el bar, éste dispuso sus dudas.

—¿No se lo dije? El coronel Harper ha sido encarcelado. No hay que ser un lince para achacarlo a las escuchas de Wolsley —le anunció.

—Compadezco a Harper, en tal caso. ¿Qué cree que hará el cacique con él?

Simpson sonrió sin ganas.

—Usted está redactando su Código, según tengo entendido. Tiene razones para saber más que yo al respecto. Deténgase a reflexionar: ¿no ha reparado en esa especie de circo romano que Wolsley está haciendo construir en las proximidades del Midday Hotel? Pues o mucho me equivoco o Harper tendrá la oportunidad de inaugurarlos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Chuck, tenso.

—Nada —respondió el médico, desabrido—. Ya lo veremos.

Dos días después se distribuyó una circular a todo el personal del Dominio Wolsley. Decía:

«Citación para un juicio de Dios contra el jefe de Seguridad, ex coronel William Harper, sospechoso de alta traición. Queda Vd., invitado a la celebración del juicio que tendrá lugar en el Wolsley Coliseum en el día de hoy, a las veintiuna horas».

En el margen izquierdo de la tarjeta se leía en letras muy pequeñas:

«Asistencia obligatoria»

—¿Qué quiere decir con «Juicio de Dios»? —preguntó Mary-Ann, perpleja.

—Está en el Código de Wolsley. Cuando no se posean pruebas fidedignas de culpabilidad contra uno de los «súbditos», Wolsley someterá al acusado a una prueba. Conociendo a ese monstruo, es de suponer que se trata de algo espeluznante.

—¿Y van a obligarnos a asistir a ese... acto? —preguntó Mary-Ann, aterrada.

Huxley apretó las mandíbulas, rabioso.

—No, si yo puedo evitarlo —respondió. Pero no explicó qué fuerza podía hacer él para que Wolsley disculpase la asistencia de ambos.

Huxley estuvo trabajando durante toda la tarde. Hacia las ocho de la tarde, se levantó de la mesa y descolgó el teléfono. Mary-Ann le observaba entre temerosa y expectante.

—¿Señor Whithman? Soy Chuck Huxley. ¿Podría hablar con Su Excelencia?

—Señor Huxley, usted no ignora que está terminantemente prohibido dirigirse a Su Excelencia, aunque sea por teléfono.

—Lo sé, lo sé. Pero se trata de algo relacionado con el Código Wolsley y necesito conocer su opinión al respecto —insistió Chuck.

—Espere. Veré qué puedo hacer —replicó Whithman. Poco después la voz del cacique resonaba en el auricular.

—¡Señor Huxley! Usted ha recibido mi circular. En estos momentos debería estar dirigiéndose con la señorita Davis al Wolsley Coliseum.

—Es cierto. Recibí la circular, pero he estado concentrado en mi trabajo toda la tarde y estoy a punto de terminar. Sólo me quedan cinco o seis páginas. ¿Prefiere que lo deje todo y acuda al Coliseum?

Wolsley no respondió enseguida. Parecía meditar una respuesta.

—Está bien, disculpo su asistencia, señor Huxley. Pero envíe al Coliseum a la señorita Davis.

—La señorita Davis está mecanografiando el texto que yo le voy dictando. Es una excelente auxiliar y me ha servido de gran ayuda, pero irá si Vuestra Excelencia lo ordena —respondió Chuck, esforzándose en que su voz no temblara.

—Quédense —rugió Wolsley—. Podemos pasarnos sin ustedes dos.

Chuck colgó y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Estamos disculpados de asistir a esa pantomima. Ahora ponte a la máquina,
Mary-Ann.

Hemos de estar preparados por si alguien aparece aquí de improviso.

Se pusieron al trabajo inmediatamente. Pero se sentían tensos a medida que se aproximaban las nueve de la noche. En cierta ocasión, Chuck se alejó con los folios en la mano hasta el ventanal y miró hacia el Midday Hotel. Poderosas lámparas iluminaban fuertemente el recinto, aunque hasta el oído de Chuck no llegase el menor rumor. Las calles, jardines y plazas del complejo estaban desiertas: todos se habían concentrado en el Coliseum, a excepción de los vigilantes.

Las horas pasaron lentamente. Al fin, muy cerca de medianoche, Chuck y su compañera dieron por finalizado su trabajo. No tenían ánimos para charlar ni para pedir algo de comer. Apagaron las luces y se fueron a la cama en silencio.

A la noche siguiente, Huxley se reunió en el bar con el doctor Simpson. El médico no parecía muy comunicativo, de modo que en

los primeros momentos ninguno de los dos hizo el menor comentario.

Finalmente, Huxley rompió el silencio.

—¿Asistió usted a la sesión nocturna del Wolsley Coliseum, doctor? —preguntó.

La faz del médico adquirió un desagradable tono ceniciento.

—Sí, por desgracia. Fue algo execrable, abyecto —dijo.

—No quiere hablar de ello, supongo.

—Es muy desagradable, pero le contaré lo que allí ocurrió, puesto que comprendo su interés. El acto empezó a las nueve en punto de la noche...

Unas ciento veinte personas ocupaban las gradas del anfiteatro. Nadie hablaba, los rostros estaban serios.

En lugar destacado, sobre una plataforma sobresaliente, se encontraba Stanley Wolsley, rodeado de su séquito. A saber, el grotesco juez Talbot, el jefe militar comandante Hall y el nuevo jefe de seguridad, un ex oficial británico, delgado y macilento, llamado Fred Dombey. También estaban el «maestro de ceremonias», Paul Whithman, y el intendente Leighton. El doctor Simpson había ocupado un lugar alejado en la grada, pero Wolsley le invitó con un gesto a que se sentara en la plataforma presidencial. Aunque a disgusto, Simpson se vio obligado a obedecer.

Cuando todos contenían la respiración, el cacique hizo comparecer al ex coronel William Harper. Ofrecía un aspecto desalentador: su uniforme estaba desgarrado, desprovisto de las insignias y manchado de sangre. Su tez estaba decolorida y sus rodillas se negaban a sostenerle en pie, lo que obligaba a los dos guardias a arrastrarle prácticamente.

A una seña de Wolsley, el juez Talbot leyó con voz campanuda:

—William Harper, acusado de alta traición: este tribunal, al no poseer pruebas concluyentes contra usted, decide, en virtud de lo que prescribe el Código Wolsley, someterle a un «Juicio de Dios». ¿Tiene algo que alegar?

Harper, completamente abatido, no respondió:

Entretanto, Simpson, preocupado, se preguntaba en qué habría de consistir aquel descabellado «juicio de Dios». El profundo receptáculo circular dividido por un estrecho tabique de hormigón de unos diez centímetros de anchura estaba vacío. En el fondo de

ambos compartimientos se veían unas aberturas de regulares dimensiones, herméticamente cerradas con compuertas de hierro.

Pero en aquel instante las compuertas se abrieron. Sorprendido a su pesar, Simpson vio cómo seis grandes hienas moteadas penetraban en uno de los compartimientos. Los repugnantes animales se movieron, impacientes, en el foso y uno de ellos intentó morder a otro de sus congéneres. Indudablemente, aquellas fieras estaban hambrientas.

Distraído y espeluznado por la contemplación de las horribles hienas, no advirtió que formas sinuosas penetraban a docenas en el segundo compartimento. ¡Serpientes, serpientes venenosas! Forzando la vista, Simpson distinguió hasta tres docenas de víboras y serpientes de cascabel que reptaban, silbantes, hacia los extremos de la mitad izquierda del foso.

Tratándose de una idea de Wolsley, Harper no podría esperar salvación. Pero Simpson prestó atención a las palabras del juez Talbot.

—El acusado deberá ahora someterse a la prueba. Cruzará sobre el muro que divide ambos compartimientos. Si logra llegar al otro extremo, será declarado inocente. Si pierde el equilibrio, su culpabilidad se demostrará evidente.

Simpson se alzó de su asiento, indignado, dispuesto a formular una propuesta. Pero su mirada se cruzó con la de Stanley Wolsley y el médico volvió a sentarse, dominado por la mirada de reptil del cacique.

Harper temblaba como una criatura asustada. Contemplaba hipnóticamente las sinuosas formas de las serpientes y en sus ojos se reflejaba un horror sin límites.

—Iníciase la prueba —decretó Talbot. Y los vigilantes soltaron a Harper y le empujaron hacia el estrecho muro divisorio.

El condenado se detuvo, lívido.

—¡No, no, no! —chilló descompuesto—. Me horrorizan las serpientes. ¡Jamás llegaría al otro lado! ¡Perdería el equilibrio!

Pero un empujón le obligó a avanzar unos pasos sobre la pasarela. Trastabilló, se agitó como un ave desplumada, se inclinó peligrosamente hacia el foso de las hienas y luego, milagrosamente, consiguió recuperar el equilibrio.

Avanzó otros tres, cuatro pasos, con lamentable indecisión.

Todos contenían la respiración, fijas las miradas en el infeliz reo.

Cuando ya se encontraba casi a mitad de camino, Harper se detuvo, rígido.

Sus ojos miraban fijamente a una furiosa serpiente de cascabel que se agitaba, enhiesta, en el centro del foso. Demudado, trató de retroceder y... perdió el equilibrio.

Un momento después se precipitaba sobre el foso de las hienas. Todos pudieron oír su penetrante alarido y el baque de su cuerpo sobre el fondo de hormigón. Luego se escuchó el gruñido de las hienas, peleando a dentelladas entre sí, disputándose la presa...

Simpson cerró los ojos, asqueado. En aquel momento hubiera asesinado a Wolsley sin dudar... de haber poseído un arma y el valor suficiente para llevar a cabo tal acto.

Talbot declaró en alta voz que los hechos demostraban sin lugar a dudas que el acusado Harper era culpable y que la sentencia se había cumplido.

Los asistentes comenzaron a marcharse enseguida, profundamente asqueados. Y Simpson hizo lo mismo, sin que nadie se lo impidiera. Pero cuando salía del recinto dirigió una última mirada hacia el palco presidencial y vio a Wolsley que miraba fijamente hacia el fondo del foso de las hienas, sin pestañear.

Simpson se detuvo tras el alto seto de un jardín y comenzó a vomitar.

CAPÍTULO XIV

Mary-Ann lloraba silenciosamente y Chuck oprimió cariñosamente sus hombros, tratando de llevar un poco de consuelo a su ánimo.

—Lo siento —murmuró ella, compungida—. En ocasiones, la desesperación se apodera de mí.

—¡Animo! Pasado mañana deberían terminar nuestras vacaciones. Max Humber se alarmará si no nos ve regresar. Y hará algo, estoy seguro. En lo primero que pensará será en Kuluai.

—¿Tú crees? Los agentes especiales de Hawái estuvieron ya aquí y no descubrieron nada sospechoso. No volverán —gimió Mary-Ann, desalentada.

Chuck tragó saliva. Pero no podía dejarse abatir como su compañera. Sonrió, acarició sus mejillas y dijo, animoso:

—Ten confianza. Sé que Max hará algo. De momento no hay peligro para nosotros.

—¡Por el amor de Dios, Chuck! Esto es horrible, aunque nosotros nos hayamos salvado hasta ahora, ¿quién puede estar segura de las ideas de ese monstruo de maldad? Su insania es peligrosísima. En cualquier momento volverá a aburrirse y entonces...

Chuck sabía que ella tenía razón: permanecer en el infierno de Kuluai significaba un riesgo permanente.

La noche anterior, el doctor Simpson se había mostrado particularmente nervioso y excitado. Mientras tomaban una copa en la apartada mesita, confesó sus temores a Huxley:

La locura de Wolsley ha alcanzado un estado crítico. Ayer me mandó llamar para que examinara un pequeño eczema que le ha salido en un brazo. No sé si sabrá usted, Chuck, que él sufre casi continuamente una sucesión de anormalidades cutáneas, provocadas, quizá, por el desequilibrio metabólico crónico que

sufre. Pues bien, mientras yo observaba su brazo, comenzó a divagar.

—¿Qué dijo? —preguntó Chuck, profundamente interesado.

—Habló de los dioses del volcán Krikolahua. Hablaba de Ptex, dios de la justicia y de Saptl, dios de la destrucción... Dijo que el volcán había entrado en erupción porque el dios Saptl se sentía airado. «Son necesarios sacrificios humanos», dijo. Y yo me sentí espantado. Estaba montando y desmontando sus juguetes preferidos: sus carísimos tomavistas japoneses, su costoso equipo de cine. Sus ojillos brillaban, fijos en algún lugar remoto. No me extrañaría que estuviera elucubrando alguno de sus diabólicos planes.

—Quizá no haya nada que temer —trató de animarle Chuck—. Usted mismo lo ha dicho: Wolsley divagaba. No hay que tomar sus palabras al pie de la letra. Tal vez trataba de asustarle, de jugar con su miedo.

Pero Simpson se sentía pesimista al respecto.

—Usted no conoce a ese monstruo. Cuando una idea se apodera de su mente se convierte presto en una monomanía: hasta que no transforma el proyectó en realidad no se siente relajado y feliz. Durante la media hora, aproximadamente, que permanecí en su presencia, habló constante y obsesivamente del mismo tema. Le oí murmurar: «Saptl y Ptex prefieren a las vírgenes como Amanda McFriar... *¡Lástima!, tendrán que conformarse con las que no lo son...*» ¿Se da cuenta? La idea de realizar sacrificios humanos a los dioses del Krikolahua estaba apoderándose ya de su voluntad.

Chuck apretó las mandíbulas, pero no hizo ningún comentario.

—Wolsley me miró bruscamente y me preguntó qué me parecía la idea de llevar a cabo un «sorteo especial» entre las mujeres del Dominio... No aguardó mi respuesta. Con los ojos brillantes farfulló: *¡Sí, es un excelente método! ¡Que sea la suerte la que escoja a las víctimas...!* No nos engañemos, Chuck: el cacique está dispuesto a llevar a cabo esa monstruosidad.

Huxley se alzó impulsivamente sobre su silla.

—¡No! —exclamó, pálido—. Antes... le mataré.

—Siéntese, por favor —suplicó el médico al verle tan agitado—. Siéntese y hablemos con sensatez.

—¿Y aguardará con los brazos cruzados a que ese degenerado

arroje al volcán a unas cuantas mujeres, quizá... a la mujer que amo? —preguntó Huxley exasperado.

—Cálmese, Chuck. Le aseguro que también mi paciencia se ha colmado. —Simpson convirtió su voz en un susurro—. Estoy dispuesto a ayudarle.

Huxley se dejó caer sobre el asiento, súbitamente interesado.

—¿Cómo... cómo me ayudará? —preguntó, secas las fauces.

El doctor le impuso silencio con un gesto.

—Es posible que consiga hacerme con un arma, una pistola, por ejemplo. Escúcheme, Fred Dombey, el nuevo jefe de seguridad, padece una afección venérea y estoy tratándole mediante antibióticos. Acudo cada mañana a su despacho de la central de vigilancia. He visto un par de armas en el cajón de su mesa. Ayer tuve incluso la oportunidad de apoderarme de una de ellas, pero no me atrevía a hacerlo. Ahora las cosas serán diferentes.

—Está dispuesto a hacerlo, según veo.

—Sí. El resto corre de su cuenta. Otra cosa, tengo un mapa de la isla. En él está consignada la base de las lanchas torpederas, situada a unos tres kilómetros de aquí. Le proveeré también de una linterna y de unos alicates para cortar alambre acerado.

Chuck advirtió que una rara agitación se desarrollaba en su interior.

—¿Cuándo? —inquirió, esperanzado.

—Mañana. Venga aquí y se lo entregaré todo —respondió el médico.

Chuck se despidió enseguida. Ardía en deseos de reunirse con Mary-Ann para ponerla al corriente de sus planes.

Cuando el ascensor le llevaba hasta sus habitaciones, se produjo un fuerte temblor de tierra. El ascensor se detuvo, las luces se extinguieron.

Por fortuna el apagón apenas duró unos segundos. El ascensor se puso en movimiento de nuevo y Chuck llegó a la quinta planta, sano y salvo, pero hondamente preocupado.

«Wolsley se sentirá más y más excitado al comprobar que la virulencia del Krikolahua va en aumento. Y su enfermiza mente acelerará sus diabólicos designios», pensó.

Cuando penetró en la *suite*, halló a

Mary-Ann

pálida y desencajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, aterrada.

—Nada, un simple temblor de tierra —respondió Chuck, restándole importancia al asunto—. Vayamos a la cama. Es necesario que hablemos.

A lo largo de la mañana siguiente, la isla sufrió hasta doce temblores de tierra, alguno de los cuales llegó a alcanzar el grado 5 de la escala Richter.

Entre los «súbditos» de Wolsley había cundido el pánico y la mayoría habían abandonado las suntuosas instalaciones hoteleras. Concentrados en una de las colinas del campo de golf, aguardaban, desalentados.

A las dos de la tarde zumbó el timbre de la puerta de la *suite*-emperador. Aunque dominado por la incertidumbre, Chuck fue a abrir y se encontró con el doctor Simpson, que penetró, profundamente alterado, en la *suite*.

—He venido aquí con la disculpa de atender a un enfermo, pero en realidad sólo he venido a avisarles —dijo, jadeante.

—¿Qué ocurre? —preguntaron Chuck y

Mary-Ann,
al unísono.

—Wolsley está fuera de sí. Lo tiene todo preparado para llevar a cabo el «sorteo especial» esta misma tarde. Luego, al oscurecer, se trasladarán al Krikolahua para llevar a cabo los sacrificios.

—¿Qué sacrificios? —inquirió

Mary-Ann,
que no estaba al tanto del asunto.

—Será mejor que se lo explique usted brevemente, Chuck —dijo el doctor, tenso.

Huxley tragó saliva.

—Wolsley está decidido a realizar sacrificios humanos a los dioses del volcán. Va a hacer un sorteo entre las mujeres de Kuluai y escogerá a unas cuantas. Pero no temas, no permitiré que...

—No es momento adecuado para hacer promesas, sino para actuar —le cortó Simpson, con brusquedad—. Les sugiero lo siguiente:

Mary-Ann

vestirá ropas varoniles, se maquillará adecuadamente y se dirigirá al hospital. Yo la esconderé allí, en lugar seguro. Como el sorteo tendrá lugar esta tarde, en el caso... ¡ejem!, de que la señorita Davis saliera elegida, sólo tendría que ocultarla poco más de una hora antes de que se haga de noche. Y para entonces usted, Chuck, tendrá que poner en práctica su plan de anular los electro-generadores. Es un plan a la desesperada, pero no hay otra solución.

La frente de Huxley se cubrió de sudor.

—Tiene razón, doctor. Es lo más sensato. Y ahora, querida, manos a la obra. Córtate el pelo, maquíllate. Iré a buscarte uno de mis trajes. ¡Y que Dios nos ayude! —se decidió, animoso.

Simpson abrió su pequeño maletín y depositó sobre una mesa una pistola con dos cargadores, una linterna plana y unos alicates de acero.

—He traído cuanto le prometí, Chuck. Guárdelo bien hasta que llegue el momento de utilizarlo. Y ahora, amigos míos, he de marcharme —dijo, emocionado—. Les deseo suerte.

—Deséela también para usted, doctor, porque no pienso dejarle aquí. Si logro averiar los electro-generadores, iré directamente al hospital para recogerles a ustedes dos —puntualizó Chuck.

—De ninguna manera. Tengo cincuenta años y no poseo el vigor de ustedes. Sólo les sería de estorbo en la huida. Márchense ustedes. Yo quedaré aquí y si surgen complicaciones, trataré de echarles una mano —respondió Simpson.

Mary-Ann volvió en aquel momento. A tijeretazo limpio se había deshecho de su lustrosa melena y ahora mostraba el cabello tan corto como un mozalbete.

—Les he oído. Y estoy de acuerdo con Chuck, doctor. Usted ha expuesto su vida por nosotros. Es justo que nos ocupemos de su seguridad.

—Pero iremos los tres o ninguno —insistió Chuck, decidido—. No sé qué saldrá de esta intentona, pero los tres correremos la misma suerte.

—Está bien —suspiró Simpson—. Pero no perdamos tiempo. Usted, Chuck, ayúdela a maquillarse. Yo me marchó.

—Hasta la noche. Cuide de ella, doctor.

—Lo haré, no tema.

El último temblor se produjo a las siete quince. Estaba

oscureciendo y las luces del Dominio Wolsley estaban ya encendidas. Cuando se produjo el último temblor, Huxley observó, pensativo, que las luces se apagaban durante unos segundos.

Poco después se oyó un griterío considerable y Chuck corrió al ventanal. En la colina de la pista de golf, policías de Dombey se abrían paso entre las personas apiñadas y dos mujeres corrían sobre la hierba lanzando alaridos.

En pocos minutos, los esbirros del cacique habían atrapado a cinco jóvenes, que fueron esposadas e introducidas en un vehículo ante la pasividad de los hombres congregados en aquel lugar.

Aquello solo tenía un significado: Wolsley había realizado ya su «sorteo especial» y aquellas desgraciadas habían sido señaladas por el dedo de la fatalidad.

Muy excitado, Chuck abandonó la suite. *Con cintas elásticas había fabricado a lo largo de la tarde unas ligas suficientemente fuertes como para sujetar a sus pantorrillas la pistola, la linterna y los alicates que le había traído el doctor Simpson.*

El hotel estaba desierto. Todos habían huido y se habían unido a la multitud que se apiñaba en la colina del golf.

Se disponía a tomar el ascensor, cuando decidió bajar por la escalera. En el descansillo de la segunda planta advirtió que el ascensor subía en aquellos momentos. Aguardó y comprobó que el aparato se detenía en la quinta planta.

El corazón le golpeó furiosamente en el pecho. ¿Buscaban a Mary-Ann...

había sido elegida ella para calmar la furia de Ptex y Saptl, es decir, la insana manía de Stanley Wolsley?

Descendió atropelladamente los peldaños, cruzó el inmenso vestíbulo y salió. Ya era de noche.

Sin prisas, pero a buen paso, se dirigió hacia la zona de los almacenes, tras encender con ademán despreocupado un cigarrillo. Miró hacia la residencia de Wolsley y vio todas las ventanas profusamente iluminadas. Se oía en la distancia una música discordante, mezclada con gritos exaltados. ¿Wolsley?

Consultó el reloj: las siete cuarenta y cinco. Era ya noche cerrada, pero las calles y jardines relucían como a plena luz diurna.

Estaba a unos ochenta metros de la planta de energía cuando la tierra tembló potente y largamente. Una cornisa del Midday Hotel

se desprendió de las alturas y se hizo trizas sobre el pavimento.

Y en aquel momento, las luces se apagaron y todo quedó en tinieblas. ¡Había llegado el momento!

Fue una carrera enloquecida la que le llevó en siete segundos a la escalera del sótano, si bien cuanto empezó a descender los peldaños de hormigón, se detuvo, asfixiado. Y en aquel momento volvió la luz.

Chuck se inclinó y empuñó la pistola. Sabía dónde estaba el vigilante: en la pequeña cabina cuya puerta se veía al final de la escalera.

Descendió lentamente, peldaño a peldaño, al tiempo que hacía profundas inspiraciones para recuperar el resuello. Aguardó un instante junto a la puerta y luego se abalanzó dentro.

Lleno de estupor, comprobó que no había nadie allí. Preocupado, volvió sobre sus pasos. Y bruscamente tropezó con el vigilante que volvía en aquel momento en compañía del mecánico.

El guardián dejó escapar una maldición. Vaciló un instante, pero enseguida reaccionó y alzó su metralleta.

Chuck no vaciló. Tenía que disparar y lo hizo: su balazo alcanzó al vigilante en la garganta y le arrojó de espaldas contra el muro de hormigón.

El mecánico retrocedió, lívido. Huxley se inclinó y cogió la metralleta.

—No tema, no dispararé si usted no me da motivos para hacerlo —le tranquilizó Chuck—. Sólo necesito saber cómo puedo inutilizar rápidamente el grupo de electro-generadores. Después me contentaré con atarle y amordazarle.

El hombre parpadeó, inquieto. Pero había una chispita de luz en sus ojos temerosos, como una pizca de esperanza.

—Usted es Huxley, ¿verdad? Y seguramente piensa intentar la fuga, ¿no es cierto? —exclamó.

—Ahórrese los comentarios, no tengo tiempo que perder. ¡Rápido, dígame cómo puedo dejar sin fuerza a toda la isla! —Gruñó Chuck, perdida la paciencia.

—Es fácil, para mí. Y estoy dispuesto a ayudarle. A cambio de que me deje ir con usted. Le seré muy útil.

—¿Quiere fugarse? —preguntó Chuck, desconfiado—. No me fío de usted.

—Le daré una prueba, señor Huxley —insistió el mecánico—. Usted imagina que, cortada la energía eléctrica, podrá pasar libremente la valla, ¿verdad? Pues se equivoca. Hay un equipo autónomo de acumuladores en una de las casetas de los jardineros. Veinte grandes baterías y un transformador-elevador sirven para dejar a un hombre achicharrado al pie de la valla.

Huxley se demudó. Así que habían estado a punto de morir electrocutados...

—Me llamo Marlowe, Ben Marlowe —insistió el mecánico—. Lléveme con usted y no se arrepentirá, señor Huxley.

—De acuerdo —se decidió el abogado—. ¿Qué hemos de hacer?

Sin perder tiempo, Marlowe tomó una gran linterna. En aquel momento, la tierra vibró y las luces se debilitaron primero y apagaron después.

—Tanto mejor —dijo Marlowe—. Creerán que se trata de una avería provocada por el terremoto. Ayúdeme a llevar el cadáver de este hombre hasta mi armario, así tardarán en encontrarlo.

Chuck obedeció. Luego vio que Marlowe hurgaba por detrás de un gran cuadro eléctrico y se volvía hacia él.

—Ya está —dijo—. Tardarán muchas horas en repararlo. ¿Nos vamos?

Subieron a saltos la escalera y cuando llegaron a la superficie apagaron las linternas. Todo estaba a oscuras, si bien a veces brillaba un foco luminoso en el terciopelo negro de la noche. Como dos sombras más corrieron hacia abajo al amparo de los almacenes. Cinco minutos después penetraron en el hospital.

—¿Quién es éste? —indagó Simpson. Y Huxley les explicó lo referente a la trampa mortal de la valla electrificada—. Marlowe nos ayudará. Vamos.

Simpson tomó una bolsa de skai y empujó a Mary-Ann

al exterior. Silenciosos, los cuatro rodearon el Sun Hotel por la parte trasera y se adentraron en un bosquecillo de cocoteros.

—Está muy cerca —siseó Marlowe. E hizo una seña para que avanzaran.

De pronto tropezaron con la caseta. Marlowe tomó los alicates y cortó en pocos segundos el candado que aseguraba la puerta. Entraron. El mecánico desconectó el transformador, sacó los

tapones de los acumuladores y vertió el líquido electrolítico.

—Listo. Ahora podremos salir sin peligro —susurró.

Dos minutos más y estuvieron al pie de la alambrada. Huxley miró con prevención la alta valla. ¡Pensar que habían estado a punto de morir carbonizados!

Diestramente, Marlowe usó los alicates para abrir en la tela metálica un boquete suficiente. Chuck fue el primero en pasar al otro lado, adelantado el cañón de la metralleta. Cuando estuvieron fuera, un suspiro colectivo brotó de sus labios.

Caminaron a buen paso, alejándose de la carretera que se dirigía al sur, y penetraron en la jungla.

Huxley puso su pistola en manos de Simpson.

—Abramos bien los ojos y no nos separemos ni un centímetro: sabemos que hay docenas de fieras peligrosas en la jungla. Al menor movimiento sospechoso disparatemos —avisó Chuck.

El silencio les rodeaba a medida que profundizaban en la selva. De vez en cuando se detenían para escuchar y percibían crujidos misteriosos, jadeos ahogados e incluso llegaron a oír un rugido profundo y lejano.

Habrían caminado poco más de media hora, cuando un rumor súbito les detuvo. En las alturas, una rama crujió y un cuerpo cayó con sordo baque ante ellos.

Marlowe encendió su gran linterna. Espantados, contemplaron los cuatro el pequeño venado ensangrentado y a medio devorar que yacía a sus pies.

Entonces resonó el rugido. Las dos linternas enviaron sus halos luminosos a las alturas y descubrieron en las ramas superiores al magnífico leopardo. La luz de las linternas hizo brillar como gemas los ojos de la fiera, que permanecía allí arriba, inmóvil, deslumbrada.

—No deje de enfocarle, Marlowe. Vayamos desplazándonos adelante, despacio. Así. No creo que nos ataque, sólo quiere recuperar la pieza que ha perdido en un torpe descuido —susurró Huxley.

Se fueron alejando lentamente, sin dejar de enfocar al felino. Con todas las precauciones posibles se separaron de aquel lugar. A cincuenta metros de distancia, vieron cómo el leopardo saltaba al suelo con increíble agilidad, recuperaba su presa y se perdía en la

espesura.

Mary-Ann temblaba. Chuck la abrazó y sintió vibrar su piel bajo el tenue vestido. Pero bastó aquel contacto para que ella se tranquilizara.

Apagadas las linternas, prosiguieron la marcha a través de la espesa jungla.

A intervalos de quince o veinte minutos, el suelo temblaba. A medida que progresaban hacia el sureste, advirtieron que el suelo se había agrietado y expelía débiles volutas de vapores malolientes.

Apagadas las linternas, unos faros brillaron en la lejanía. Simpson, que había traído unos prismáticos, se detuvo y miró a través de ellos.

—¡Wolsley! Viaja en su autocar en compañía de Talbot, Whithman, Dombey y Hall. Le escoltan dos coches todo-terreno y varios motoristas —exclamó, aterrado—. Son más de cuarenta policías y soldados. ¡Nos buscan!

—Déjeme —pidió Chuck. Y avizó en la negra noche—. No creo que estén buscándonos. ¿No ve que se dirigen hacia el sur por la carretera? Mi opinión es que ese desquiciado ha perdido la paciencia y se dispone a realizar sus sacrificios esta misma noche. ¡Ojalá le trague la tierra antes de que cumpla su propósito!

Aguardó, sin perder de vista a los vehículos que rodeaban veloces la pista que terminaba en las laderas del Krikolahua. Cuando estuvo seguro de que Wolsley y sus esbirros se dirigían al volcán, continuaron la marcha hacia la costa. Poco después se detenían ante un cenagal. Chuck se disponía a comprobar si era factible el paso, cuando Marlowe le detuvo por un brazo.

—Retroceda. Hay dos rinocerontes en el yerbazal —susurró.

Espantado, Chuck comprobó que el mecánico tenía razón: una pareja de enormes rinocerontes pastaba al otro lado de la ciénaga. En silencio, con mil precauciones, rodearon el fangal y se alejaron sin ser molestados por las bestias.

Poco después de las once, alcanzaban los arrecifes de coral. Bajo un promontorio se hallaba la caverna que servía de base a las lanchas torpederas de Wolsley. No advirtieron el menor movimiento, todo estaba en silencio.

—Espérenme aquí —propuso Huxley—. Iré a echar un vistazo.

Se alejó rápidamente, mientras sus camaradas se ocultaban al

amparo de un matorral espinoso. Pasó el tiempo: eran ya cerca de las doce y Chuck no regresaba. Decidida ya, Mary-Ann tomó la pistola de manos del médico y se alejó.

Agachada, llegó a los corales. Resbaló, estuvo a punto de caer. Y de repente una mano viscosa cayó sobre sus labios. Fue un momento de indecible terror. Hasta que escuchó la voz tranquilizadora de Huxley.

—No grites. Max Humber está aquí, conmigo. ¿No te dije que vendría? Han apresado a los tripulantes de las torpederas y un cañonero de la armada espera a pocas millas de aquí. ¡Estamos salvados!

Mary-Ann se puso a llorar mansamente. Max apretó sus manos y Chuck se alejó para recoger a sus compañeros. Poco después se hacían a la mar en una lancha neumática. En medio de la noche oscura abordaron al cañonero y poco después estaban a bordo.

Desde la cubierta presenciaron un espectáculo inenarrable: la violenta erupción del volcán Krikolahua. Pasmada de asombro, Mary-Ann vio las laderas hirvientes de roja lava y las doradas explosiones de gases y magma que brotaban del cráter.

Luego se dejó llevar por Chuck a un camarote y se durmió como una niña.

EPÍLOGO

—La violenta erupción sorprendió a Wolsley cuando su autocar ascendía por las laderas. Se abrió una chimenea a ciento cincuenta metros del cráter y arrojó una bocanada de lava que apresó al automóvil con sus ocupantes dentro. Wolsley, Whithman. Hall, Talbot y Dombey han muerto bajo un ardiente sudario de roca fundida. Los demás vehículos dieron la vuelta apresuradamente. Las cinco mujeres que iban a ser sacrificadas están sanas y salvas. En cuanto a los demás, Max Humber y los marines están dándoles caza ahora mismo Dentro de un par de horas nos haremos a la mar para hacer escala en Hawái. Y al día siguiente volveremos a casa —dijo Chuck Huxley.

Mary-Ann suspiró. Había dormido diez horas seguidas, se sentía relajada y feliz. ¿Qué más podía desear...?

Salieron a cubierta. El doctor Simpson, impaciente, junto a la borda de estribo, parecía un hombre nuevo. Y lo era. Estaba ansioso por reunirse con su familia.

Indudablemente, Simpson tendría que hacer frente a determinadas responsabilidades, pero Huxley se iba a hacer cargo de su defensa y confiaba en que la condena del médico sería poco más que simbólica.

—No más aventuras —susurró Huxley al oído de su compañera.

—No más aventuras —asintió ella, con una sonrisa picaresca. Y Chuck tuvo la seguridad de que

Mary-Ann

volvería nuevamente a meterse en líos.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.**

